

FEDERICO OLIVER

HAN MATADO A DON JUAN

Comedia en tres actos. **50 cts.**

EL BARCO EMBRUJADO

de

Alberto Insúa

Novela fantástica, en la que el popular novelista lleva a sus numerosos lectores, en un viaje maravilloso, al país donde la vergüenza no existe.



Cinco pesetas



En todas las librerías y en Sucesores de Rivadeneyra (S. A.).—Paseo de San Vicente, 20, Madrid.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

de

Francisco Camba



Novela realista, de am
biente madrileño y d
pasiones exaltadas, e
la que destacan, sobr
un fondo castizo, do
interesantes figuras d
mujer.



Cinco pesetas



En todas las librerías y e
Sucesores de Rivadeney
ra (S. A.).—Paseo de Sa
Vicente, 20, Madrid.

HAN MATADO A DON JUAN



Don Federico Oliver.

FEDERICO OLIVER

HAN MATADO A DON JUAN

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Alcázar, de Madrid, el día 4 de octubre de 1929.

DIBUJOS DE GUTIERREZ NAVAS



LA FARSA

ÑO III | 2 DE NOVIEMBRE DE 1929 | NUM. 112

MADRID

OBRAS DEL MISMO AUTOR

La muralla.—Drama en tres actos.
La juerga.—Drama en tres actos.
Pasión.—Drama en tres actos.
La neña.—Drama en tres actos.
Mora de la Sierra.—Drama en tres actos.
La esclava.—Poema dramático en cinco actos.
Los semidioses.—Tragicomedia en tres actos.
Los demonios se van.—Tragicomedia en dos actos.
Aníbal.—Tragedia en cinco actos.
El crimen de todos.—Drama en tres actos.
El pueblo dormido.—Tragicomedia en tres actos.
Los cómicos de la legua.—Comedia en tres actos.
El azar.—Comedia en tres actos.
Lo que ellas quieren.—Comedia en tres actos.
Atocha.—Comedia en tres actos.
Susana y los viejos.—Comedia en tres actos.
Oro molido.—Comedia en tres actos.
Las hilanderas.—Zarzuela en un acto y tres cuadros, músi del maestro José Serrano.
Han matado a Don Juan.—Comedia en tres actos.

A Juan Ignacio Luca de Tena

En recuerdo de las gratas lecturas de sus comedias y las mías.

FEDERICO OLIVER.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Carmen Guerrero	María Banquer.
Rosa Cisneros	Társila Criado.
La Galindo	Anita Siria.
La García	Isabel Plaza.
Una meritoria	Carmen Besco.
Otra meritoria	Lolita Vázquez.
El Juez	Francisco Fuentes.
Fermín Ulloa	Antonio Trinet.
El Comisario	Joaquín Regález.
El portero del escenario	Patricio León.
El Representante de la Empresa	José Escobar.
Blas Rebolledo	Luis Manzano.
Pepe Redondo	Severiano Jiménez.
El Doctor Llorente	León Lallave.
El Capitán Centellas	Ramón Elías.
Cándido Casado	Carlos Valdivielso.
Cañizares	Luis Manzano.
Un caballero del público	León Lallave.
El agente 1.°, Plaza	Julio Infiesta.
Otro agente	Antonio Gutiérrez.
El tramoyista	Carlos Valdivielso.
El electricista	Ricardo Granja.
Urcisino	Pedro Zadilla.
El del telar	Ricardo Granja.
El Secretario	Félix Banquer.
Corral	Luis Jareño.

Epoca: contemporánea.—Lugar de la acción: el escenario do esta comedia se representa.

ADVERTENCIA IMPORTANTE
PARA LOS DIRECTORES DE COMPAÑIA

Para situar convenientemente la acción de esta farsa, basta en cambiar el nombre de "Teatro Alkázar" por el de aquel onde la obra se represente, y el de "Arlabán, 5", por el de a casa y número de una de las adyacentes al teatro.

Cuando el juez se descaracteriza y dice los nombres de los ctores, dice, naturalmente, los de los artistas consignados en l reparto, cambiando únicamente con ellos el texto de la arsa.

En las compañías donde no sea posible el papel del negro, e puede sustituir por un actor blanco, diciendo el comisario n el acto primero:

El Comisario.—Lo conozco y respondo de él: es un viejo ex guardia civil llamado Urcisino Mota.

Y en el tercer acto, en el momento del desenlace:

El Juez.—¿Cómo se entiende?

Urcisino.—¡Pues sea! Yo traía de la mano a Blas Rebolledo pa entregarlo a la Justicia al final del primer acto; pero me sale al paso el hombre solitario del saloncillo y me dice esta razón: "¿Adónde lleva usté a ese hombre?" Y yo le contesto: "A que diga al juez lo que ha hecho, pa que no pague un inocente." "¡Escóndalo usté en seguida!", me dijo el hombre. "¿No ve usté que si declara se acaba la comedia, porque no hay argumento pa más?" Y por eso lo escondí: pa que no hablara hasta la una y hubiese argumento pa tres.

El Juez.—¿Se quiere usted callar?

El Comisario.—¡Cállese!!

Urcisino.—¡Esto es una merienda de negros!

El Juez.—*(Al público.)* Ya lo veis. La chismografía de un portero ha roto los hilos de la farsa, etc., etc.



ACTO PRIMERO

os tramoyistas levantan el telón. Se está representando el drama de orrilla "Don Juan Tenorio". La representación arranca del principio el acto cuarto. El escenario, por lo tanto, es el mismo: "Quinta de on Juan Tenorio cerca de Sevilla y sobre el Guadalquivir. Balcón en el fondo. Dos puertas a cada lado".

ESCENA PRIMERA

CAÑIZARES, *que hace de* CIUTTI, *y* LA GARCÍA, *que hace de* BRÍGIDA. CORRAL, *el apuntador, metido en su concha.*

LA GARCÍA. ¡Qué noche, válgame Dios!
A poderlo calcular,
no me meto yo a servir
a tan fogoso galán.
¡Ay, Ciutti! Molida estoy;
no me puedo menear.

CAÑIZARES. ¿Pues qué os duele?

LA GARCÍA. Todo el cuerpo
y toda el alma, además.

CAÑIZARES. ¡Ya! No estáis acostumbrada
al caballo; es natural.

LA GARCÍA. Mil veces pensé caer.
¡Uf! ¡Qué mareo! ¡Qué afán!

CAÑIZARES. Pues de estas cosas veréis,
si en esta casa os quedáis,
lo menos seis por semana.

LA GARCÍA. ¡Jesús!

CAÑIZARES. ¿Y esa niña está
reposando todavía?

LA GARCÍA. ¿Y a qué se ha de despertar?

CAÑIZARES. Sí, es mejor que abra los ojos
en los brazos de Don Juan.

LA GARCÍA. Preciso es que tu amo tenga
algún diablo familiar.

CAÑIZARES. Yo creo que sea él mismo
un diablo en carne mortal,
porque a lo que él, solamente
se arrojara Satanás.

LA GARCÍA. Sí, decís bien.

CAÑIZARES. No he visto hombre
de corazón más audaz.
"Allí hay un lance", le dicen.
Y él dice: "Allá va Don Juan".
Mas ya tarda, ¡vive Dios!

LA GARCÍA. Las doce en la catedral
han dado ha tiempo.

CAÑIZARES. Y de vuelta
debía, a las doce, estar.

LA GARCÍA. ¡Chist! Ya siento a Doña Inés...

CAÑIZARES. Pues yo me voy, que Don Juan
encargó que sola vos
debíais con ella hablar.

LA GARCÍA. Y encargó bien, que yo entiendo
de esto.

CAÑIZARES. Adiós, pues.

LA GARCÍA. Vete en paz.

ESCENA II

LA GALINDO, *que hace de* DOÑA INÉS, *y* LA GARCÍA.

LA GALINDO. ¡Dios mío, cuánto he soñado!
¡Loca estoy! ¿Qué hora será?
¿Pero que es esto? ¡Ay de mí!
No recuerdo que jamás
haya visto este aposento.
¿Quién me trajo aquí?

LA GARCÍA. Don Juan.

GALINDO. Siempre Don Juan... Pero di,
¿aquí tú también estás,
Brígida?

GARCÍA. Sí, Doña Inés.

GALINDO. Pero dime, en caridad,
¿dónde estamos? ¿Este cuarto
es del convento?

GARCÍA. No tal.
Aquello era un cuchitril
en donde no había más
que miseria.

GALINDO. Pero, en fin,
¿en dónde estamos?

GARCÍA. Mirad;
mirad por este balcón,
y alcanzaréis lo que va
desde un convento de monjas
a una quinta de Don Juan.

GALINDO. ¿Es de Don Juan esta quinta?

GARCÍA. Y creo que vuestra ya.

GALINDO. Pero no comprendo, Brígida,
lo que dices.

GARCÍA. Escuchad:
Estabais en el convento
leyendo, con mucho afán,
una carta de Don Juan,
cuando estalló en un momento
un incendio formidable.

LA GALINDO. ¡Jesús!

LA GARCÍA. Espantoso, inmenso;
el humo era ya tan denso,
que el aire se hizo palpable.

LA GALINDO. Pues no recuerdo...

LA GARCÍA. Las dos,
con la carta entretenidas,
olvidamos nuestras vidas,
yo oyendo y leyendo vos.
Y estaba en verdad tan tierna
que entrambas a su lectura
achacamos la tortura
que sentíamos interna.
Apenas ya respirar
podíamos, y las llamas
prendían en nuestras camas;
nos íbamos a asfixiar,
cuando Don Juan, que os adora,

y que rondaba el convento,
al ver crecer con el viento
la llama devastadora,
con inaudito valor,
viendo que ibais a abrasaros,
se metió para salvaros
por donde pudo mejor.
Vos, al verle así asaltar
la celda tan de improviso,
os desmayasteis... preciso,
la cosa era de esperar.
y él, cuando os vió caer así,
en sus brazos os tomó
y echó a huir; yo le seguí
y del fuego nos sacó.
¿Dónde íbamos a esta hora?
Vos seguíais desmayada;
yo estaba ya casi ahogada.
Dijo, pues: "Hasta la aurora
en mi casa las tendré."
Y henos, doña Inés, aquí.

La Galindo. ¿Conque esta es su casa?

La García. Sí.

La Galindo. Pues nada recuerdo a fe.
Pero..., ¡en su casa!... ¡Oh, al punto
salgamos de ella!... Yo tengo
la de mi padre.

La García. Convengo
con vos; pero es el asunto...

La Galindo. ¿Qué?

La García. Que no podemos ir.

La Galindo. Oír tal me maravilla.

La García. Nos aparta de Sevilla...

La Galindo. ¿Quién?

La García. Vedlo: el Guadalquivir.

La Galindo. ¿No estamos en la ciudad?

La García. A una legua nos hallamos
de sus murallas.

La Galindo. ¡Oh, estamos
perdidas!

La García. ¡No sé, en verdad,
por qué!

La Galindo. Me estás confundiendo,
Brígida... Y no sé qué redes
son las que entre estas paredes
temo que me estás tendiendo.

Nunca el claustro abandoné,
ni sé del mundo exterior
los usos; mas tengo honor;
noble soy, Brígida, y sé
que la casa de Don Juan
no es buen sitio para mí;
me lo está diciendo aquí
no sé qué escondido afán.
Ven, huyamos.

GARCÍA. Doña Inés,
la existencia os ha salvado.

GALINDO. Sí, pero me ha envenenado
el corazón.

GARCÍA. ¿Le amáis, pues?

GALINDO. No sé... Mas, por compasión,
huyamos pronto de ese hombre
tras de cuyo solo nombre
se me escapa el corazón.
¡Ah! Tú me diste un papel
de manos de ese hombre escrito,
y algún encanto maldito
me diste encerrado en él.
Una sola vez le vi
por entre unas celosías,
y que estaba, me decías,
en aquel sitio por mí.
Tú, Brígida, a todas horas
me venías de él a hablar,
haciéndome recordar
sus gracias fascinadoras.
Tú me dijiste que estaba
para mío destinado
por mi padre, y me has jurado
en su nombre que me amaba.
¿Que le amo dices?... Pues bien;
si esto es amor, sí, le amo;
pero yo sé que me infamo
con esta pasión también.
Y si el débil corazón
se me va tras de Don Juan,
tirándome de él están
mi honor y mi obligación.
Vamos, pues; vamos de aquí,
primero que ese hombre venga,

pues fuerza acaso no tenga
si le veo junto a mí.
Vamos, Brígida.

LA GARCÍA. Esperad.
¿No oís?

LA GALINDO. ¿Qué?

LA GARCÍA. Ruido de remos.

LA GALINDO. Sí; dices bien. Volveremos
en un bote a la ciudad.

LA GARCÍA. Mirad, mirad, doña Inés.

LA GALINDO. Acaba, por Dios; partamos.

LA GARCÍA. Ya imposible es que salgamos.

LA GALINDO. ¿Por qué razón?

LA GARCÍA. Porque él es
quien en ese barquichuelo
se adelanta por el río.

LA GALINDO. ¡Ay! ¡Dadme fuerzas, Dios mío!

LA GARCÍA. Ya llegó, ya está en el suelo;
sus gentes nos volverán
a casa; mas, antes de irnos,
es preciso despedirnos
a lo menos de don Juan.

LA GALINDO. Sea, y vamos al instante.
No quiero volverle a ver.

LA GARCÍA. Los ojos te hará volver
al encontrarle delante.
Vamos.

LA GALINDO. Vamos.

CAÑIZARES. Aquí está.

(Sale CAÑIZARES, *fiel a su papel de Ciutti, con un cande*
bro de bujías en la mano, como precediendo a don Juan. E
no sale. Extrañeza en la Galindo y la García. Pausa emb
razosa.)

CAÑIZARES.—*(Dirigiéndose a la caja de la izquierda, por d*
de ha salido, y con tono impaciente.) ¿Vamos?

SEGUNDO APUNTE.—*(Dentro, con voz alterada.)* ¡Si falta d
Juan al paño!

CAÑIZARES.—Pues corre y llámale.

SEGUNDO APUNTE.—Si me he cansado de llamarle.

CAÑIZARES.—¡Otra vez, hombre!

CORRAL.—*(El apuntador, dando con los nudillos en el*
borde de la tarima.) "¿Adónde vais, doña Inés?"

CAÑIZARES.—¡No me llega la camisa al cuerpo!

CORRAL.—"¿Adónde vais, doña Inés?"

CAÑIZARES.—¡Quisiera estar a cien leguas!

LA GARCÍA.—No he visto otra.

LA GALINDO.—¿Qué le habrá pasado?

CAÑIZARES.—¿Quieren ustedes callarse?

CORRAL.—¡Vivo, vivo!

CAÑIZARES.—¿Qué hacemos?

CORRAL.—Entretenga usted al público...

(Todo este diálogo, rápido y cortante, se ha producido en- tre los actores, con el bisbiseo peculiar en ellos cuando hablan con el telón levantado en la creencia de que el público no les oye. El público, sin embargo, lo advierte. El compromiso es gran- de. Don Juan no aparece. Los actores no saben qué hacer. De pronto se oye dentro un ruido sordo, seco, como el detonar de una pistola en cuarto cerrado. La expectación y alarma de los actores sube de punto.)

LA GALINDO.—*(A la García.)* ¿Ha oído usted?

LA GARCÍA.—Algo así como un petardo.

CAÑIZARES.—¿Qué petardo?... ¡Un tiro!

LA GARCÍA.—¡Ave María Purísima!

LA GALINDO.—¡Vámonos!

CAÑIZARES.—¡Quieta en su sitio!

(Óyese revuelo dentro: ir y venir, gritos ahogados, confu- sión.)

VOCES.—*(Dentro.)* ¡Calma, calma!... ¡Serenidad, señores!... ¡No perdamos la cabeza!... ¡No te asomes, niña!... ¡Atrás, ... is!...

EL REPRESENTANTE DE LA EMPRESA.—*(Dentro, golpeando una puerta.)* ¡Abra usted, abra usted!

SEGUNDO APUNTE.—¡No contestan!

EL REBRESENTANTE.—¡Abra usted la puerta!

SEGUNDO APUNTE.—¡No abren!

EL REPRESENTANTE.—¡Un cerrajero! ¡Vivo!

SEGUNDO APUNTE.—¡Mejor a martillazos!

EL REPRESENTANTE.—¡Echad la puerta abajo!

(Oyense martillazos sobre una cerradura.)

LA GARCÍA.—¿Qué pasará, Dios mío?

LA GALINDO.—Algo muy grave...

LA GARCÍA.—*(Iniciando el mutis.)* Voy a ver...

CAÑIZARES.—¡Que estamos en escena!

LA GALINDO.—¡No me deje usted sola!

(Vase la García por la derecha; la Galindo, que no tiene al lado el apoyo de su compañera, hace mutis por el balcón. Ca- ñizares, que no quiere verse solo ante el público, escapa por la izquierda. Queda, por tanto, sola la escena.)

EL REPRESENTANTE.—*(Siempre dentro.)* ¡Un médico!

CAÑIZARES.—*(Lo mismo.)* ¡Que busquen al médico del teatro!

EL REPRESENTANTE.—Está en la fila diez y nueve, quince.

La Galindo.—¡Qué desgracia tan grande!

La García.—¡Pobrecito!

Segundo apunte.—¿Y el botiquín?

El Representante.—El botiquín está en Contaduría; ahí la llave.

Una voz.—Ha entrado el juez en el escenario.

Otra voz.—¡Paso, paso!

Cañizares.—Aquí viene la policía.

(Corral, atolondrado, ha dado prevención y ejecución p que el telón caiga. Suenan los timbres, y el telón empiez descender.)

El Representante.—*(Dentro, a grandes voces.)* ¿Quién e bárbaro que ha mandado bajar el telón sin mi permiso?

(El telón, sorprendido por las palabras del Representa queda parado a mitad de camino.)

Corral.—Hombre, yo...

El Representante.—¡Arriba otra vez! *(El telón, obede* Aquí lo primero es el público. Hace falta un actor, suelto palabra, que anuncie al público lo que ocurre. ¡Usted, C zares!

Cañizares.—No puedo... Estoy emocionado.

El Representante.—Si no quiere usted anunciar, llamo otro actor cómico.

Cañizares.—*(Reaccionando.)* ¡Ese no me pisa más papel

El Representante.—*(Empujándole.)* ¡Pues ande usted!

(Sale Cañizares y se dirige a la batería. Por las puertas decorado y por la del balcón se agrupan, curiosos, gentes telón adentro: artistas de la compañía vestidos con la r del Tenorio, *comparsas enharinados de estatuas, bombe sastres, tramoyistas, etc., etc. Entre ellos, y con otros dos balleros, hay un señor grave, rasurado, de cabello gris y l tes. Es el juez de guardia.)*

Cañizares.—*(Dirigiéndose al público, con temblores en voz.)* Respetable público: Una tremenda desgracia obliga a Empresa a suspender la representación del *Tenorio*. El g actor don Juan de la Torre, nuestro querido director, ha s asesinado alevosamente cuando se disponía a deleitaros su portentosa creación del drama de Zorrilla. ¡Qué desgra tan grande para el Arte, para el público y para todos los q vivimos del Teatro! ¡No puedo seguir, señores...; no puedo guir..., no pue....!

El Juez.—*(Interrumpiendo con un gesto.)* ¡Basta! *(Cañi res queda cortado.)*

Cañizares.—*(Al segundo apunte, en voz baja.)* ¿Por qué ha interrumpido? ¿Quién es?

ORRAL.—El juez de guardia.

L JUEZ.—*(En la misma batería.)* Señoras y señores: Ya oído ustedes el triste anuncio del primer actor cómico de compañía. *(Cañizares saluda.)* Por una coincidencia rara rovidencial, yo, el juez de guardia, y el señor secretario resábamos de practicar una diligencia cercana, cuando fuis llamados para ejercer aquí las funciones de nuestra audad. El crimen se ha cometido a dos dedos de vosotros, pleno teatro, casi en presencia vuestra. Y si cabe decir, derándonos del tiempo, *Time is money*, con más razón añamos ahora que el tiempo es Justicia; y la Justicia tiene quilates que el oro. Yo tengo la evidencia de que el audel crimen ni ha podido escaparse ni se escapa. He dado erísimas órdenes para que sean tomadas todas las salidas inmueble, y ni por el foso, ni por el telar, ni por puerta una puede huir el asesino. Yo suplico al público que tenga iencia y que no se mueva de su asiento. Que cada especor vigile a su vecino; que fijen la atención en lo que pasa el escenario..., y ya veréis cómo la Justicia prevalece. *(Al undo apunte.)* ¿Me hace el favor de dar orden al electria para que dé luz a la sala?

EGUNDO APUNTE.—¡Electricista!...

L ELECTRICISTA.—*(Dentro.)* Lo he oído. Va.

Dase luz a la sala. Todo el público queda iluminado.)

L JUEZ.—*(Dirigiéndose al Representante de la Empresa, está con los acomodadores en la entrada del pasillo de ucas.)* Señor Representante de la Empresa, ¿se han cumo todas mis órdenes?

L REPESENTANTE.—Todas, señor juez.

L JUEZ.—Pues a empezar nuestra tarea. *(Al público.)* Y última vez, señoras y señores, encarezco mi súplica con advertencia. Graben en su mente el caso: en este local celo se ha cometido un crimen... ¿Quién es el asesino? ¿Será de los señores que ha invadido conmigo el escenario? *(Moiento de todos.)* ¿Será un espectador que a favor de la penbra ha recuperado subrepticiamente su localidad? ¡Quién e! *(Pausa. Escruta la cara de los espectadores.)* ¡Pues ha saberse! Sepa el señor asesino, que en estos momentos tal me escucha, que en estos instantes tal vez me mira, que le empeño mi palabra de honor de echarle el guante enciantes de que termine el espectáculo.

N CABALLERO DEL PÚBLICO.—¿Qué espectáculo?... Con la ve señor juez.

L JUEZ.—Diga, caballero.

N CABALLERO DEL PÚBLICO.—¿Cómo podemos coadyuvar noss, los espectadores, a los fines de la Justicia? Yo soy un

simple ciudadano que ha venido a una función teatral. ¿... títulos, qué competencia tengo yo?

El Juez.—Como individuo, tal vez ninguna; como públ... enorme.

Un caballero del público.—Bien; pero yo soy simpleme... un aficionado al teatro que no pierde un estreno.

El Juez.—¿Y le parece a usted poco? Ahí es nada. El ...xiliar más poderoso que puedo yo ambicionar es un púb... de estrenos. Están ustedes habituados a desmenuzar la intr... a prever el desenlace, a adivinar las palabras que van a s... de labios de los actores... ¿Quiere usted más? ¡Menudo c...borador puede ser para mi indagatoria un público de estre... Conocen ustedes este reflejo de la Vida que se llama Tea... saben de histrionismo y picardía y tienen una sabia e...riencia para juzgar y condenar a gente tan peligrosa como... autores dramáticos.

Un caballero del público.—Lo que es no saberlo.

El Juez.—Déjese usted llevar por la sugestión del públ... y usted, que es uno, será todo. *(Volviéndose a las perso... que hay en el escenario.)* "Mas vamos a lo que importa", c... se dice en el *Tenorio*. ¿Quién es la persona encargada del... den del escenario?

El Representante de la Empresa.—¿El celador?

El Juez.—No; el traspunte o consueta.

Segundo apunte.—Un servidor de usía.

El Juez.—¿Cómo se llama usted?

Segundo apunte.—Pepe Redondo.

El Juez.—Parece usted listo.

Segundo apunte.—En cosas de escenario, la paloma azul...

El Juez.—Pues oiga usted, Pepe Redondo. Necesito que c...bie usted la decoración a toda prisa. Esta quinta de don J... sobre el Guadalquivir, no me va. Aunque sea de mentiriji... quiero situar al público convenientemente. Venga, pues, ... fondo justo y severo. Algo así como la sala de un Juzgado, ... estantería, escritorios, ficheros, etc., etc. El bien parecer ...ge que la Justicia se presente con decoro y con decoracio...

Segundo apunte.—Yo no soy un segundo apunte, señor ju... yo soy un director de escena. Ya verá usía, ya verá. Le ... a poner un despacho...

El Juez.—¡Andando!

Segundo apunte.—¡Listo! *(A un tramoyista que se sup... en el telar.)* ¡Manolo!...

Manolo.—*(Desde arriba.)* ¿Qué?...

Segundo apunte.—¡Sube la bambalina!...

Manolo.—¡Va!

Segundo apunte.—¡Y el rompimiento!...

MANOLO.—¡Va!

SEGUNDO APUNTE.—¡Y las diablas!...

MANOLO.—¡Va!

SEGUNDO APUNTE.—*(De un lado para otro, con viveza rato-il.)* ¡Fuera de escena!... ¡Guardarropa, la mesa de ministro, sillería española! ¡Vivo!... ¿Y Rebolledo? ¿Dónde se ha etido?

(Las dependencias obedecen la voz de mando del traspunte on la prisa natural de los entreactos. Las decoraciones suben bajan y los muebles van y vienen.)

EL JUEZ.—*(A punto de ser atropellado.)* ¡Basta, taravilla, asta!

SEGUNDO APUNTE.—¡Quieto todo el mundo!

(Todo queda inmóvil, en el más pintoresco desorden.)

EL JUEZ.—No ejecute usted una orden mía sin oír antes la evención.

SEGUNDO APUNTE.—Prevenido.

EL JUEZ.—*(Por una mesa que llevan dos asistencias, con antel y candelabros.)* ¿Qué mesa es esa?

SEGUNDO APUNTE.—La del acto de la cena.

EL JUEZ.—Quite usted la vajilla de guardarropía y los pollos e cartón, y arrime usted la mesa.

SEGUNDO APUNTE.—Pero...

EL JUEZ.—Obedezca sin replicar. ¿Y aquel sillón?

SEGUNDO APUNTE.—El del director de escena.

EL JUEZ.—Acérquelo también. *(El traspunte obedece.)*

SEGUNDO APUNTE.—¿Manda usía otra cosa?

EL JUEZ.—Querría saber si puede verse desde el público el arto del crimen.

SEGUNDO APUNTE.—Tirando del forillo, sí, señor.

EL JUEZ.—Pues arriba con él.

SEGUNDO APUNTE.—*(Al del telar.)* ¡Tira del forillo, tú!

(La maquinaria levanta el forillo y deja al descubierto la acena del escenario. En ella está situado el cuarto de don uan. La puerta está abierta; don Juan, en el suelo, y, como natural, vestido de trusa. Al levantarse el forillo huyen en istintas direcciones artistas, curiosos y fotógrafos de Pren-a. EL COMISARIO *de policía y dos* AGENTES *salen del cuarto. os Agentes depositan varios objetos sobre la mesa del acto e la cena. Traen también un bargueño y un "nécessaire".)*

EL JUEZ.—*(Al público.)* Aquí tenéis el cuarto de la víctima. se cuerpo que yace sin vida es el de don Juan. Miradlo, y izgaréis que no es un muerto de teatro. Los que se hacen el uerto delatan la vida por el ritmo de la respiración, que ace subir y bajar el abdomen con vaivén inevitable. Este, no. o he levantado a muchos cadáveres, y puedo aseguraros que a

esto muerto no le levanta nadie. Ahora detened la mirada e el interior del camerino. Todos los objetos contenidos en é deben estereotiparse en vuestra memoria. Un detalle, quizá e más nimio, puede conducirnos a la solución de la incógnita Atención, señores... ¡Qué lástima! *(Pausa.)* No ven los espec tadores de la izquierda... Ni los de la derecha... Y aun lo del centro no pueden apreciar ciertos matices. ¡Y como no e posible que suban al escenario todos los espectadores!... Per no hay que desanimarse prematuramente. Nos hace falta u experto que nos preste sus ojos para escudriñar el misteric ¿Quién será este *speaker* de alta calidad? *(Pausa. Pasea l mirada por las personas que hay en el escenario y la detien en el Comisario de policía.)* ¡Ya está aquí! El señor Comisa rio de policía. Es caballero bondadoso y gentil, cosa compat ble con su rígido deber, y a buen seguro que no tendrá incon veniente en ilustrar nuestro juicio. ¿Es así, señor Comisario

El Comisario.—Y aunque no lo fuera, señor Juez. Mi debe es obedecerle.

El Juez.—¡Bravísimo! ¿Me ha oído usted todo cuanto h dicho al público?

El Comisario.—Todo.

El Juez.—¡Bien!... Tenga la bondad de acercarse a la ba tería. He tenido esta noche la original idea de prescindir de llamado secreto del sumario... ¿Para qué? El crimen se ha co metido en público, y quiero ensayar un medio probatorio d pública claridad, de luz y taquígrafos, como dijo el clásic novecentista. Por tanto, el público es esta noche el primer de mis colaboradores. El segundo, lo es usted. ¿Tiene uste la amabilidad de decirnos la impresión de *visu* que tiene us ted del lugar del crimen, y de darnos un avance de su juici personal acerca de sus circunstancias? *(Pausa. El Comisari se dispone a hablar.)*

Uno del público.—¡Más alto!...

El Comisario.—*(Volviéndose al interruptor.)* Si no he ha blado todavía. *(Al Juez.)* ¿No le parece a usted, señor Juez que debemos apagar la luz de la sala? Esas largas hileras de cabezas, que miran curiosas, me distraen un poco, y qui siera concentrar mi pensamiento para contestar debidamente

El Juez.—Acertadísimo. *(Apágase la luz del público.)*

El Comisario.—Espero sus preguntas.

El Juez.—*(Sentándose familiarmente en la concha.)* ¿Cóm es el cuarto del crimen?

El Comisario.—*(En la misma batería.)* Es una habitació ancha de tres metros y larga de cuatro y medio.

El Juez.—Perfectamente. ¿Y en qué consiste su mobiliario

El Comisario.—En una mesita-tocador, con un espejo d

res lunas y un "nécessaire". Un armario disimulado en el nuro. A la izquierda, conforme se entra y rozando con el ra-iador, un primoroso bargueño. A la derecha, una cama turca, uesta con refinamiento de sibarita. Sobre las paderillas que ematan la cama—entre juguetes, talismanes y otras chuche-ías—, un fauno en "terracotta", una bacante de alabastro, na miniatura de Landrú y varios retratos de "estrellas" y ocotas, tan provocativas por su falta de castidad, como por ıs dedicatorias al interfecto.

El Juez.—¿Y esos retratos y cachivaches?

El Comisario.—Acaban de ser colocados en esta mesa por nis agentes.

El Juez.—Bien. ¿Hay más muebles?

El Comisario.—Un sofá y dos sillitas volantes.

El Juez.—Además de la puerta de ingreso, ¿hay dentro del uarto algún hueco de entrada y de salida?

El Comisario.—Una ventana o tragaluz.

El Juez.—¿Cabe un hombre por el hueco?

El Comisario.—Lo he probado y, bien a pesar mío, no cabe.

El Juez.—¿Y por qué a pesar suyo?

El Comisario.—Porque si pudiera escapar un hombre por se agujero, quedaría explicada la desaparición misteriosa del sesino. Y además...

El Juez.—Además...

El Comisario.—Me desconcierta esa ventana. Aparece des-encijada como si la hubieran hundido de un puñetazo en una ıga imposible. Tiene un cristal roto y en él he apreciado uellas digitales frescas.

El Juez.—¡Notabilísimo! Que avisen con urgencia a los se-ores peritos del Gabinete antropométrico.

El Comisario.—Ya los he llamado por teléfono.

El Juez.—Está usted en todo. Y dígame ahora, señor Co-isario. ¿Quiere darnos un esquema del cadáver?

El Comisario.—Está tendido en decúbito supino sobre la fombra. Tiene la cabeza ligeramente apoyada en la pata quierda trasera de la cama turca. Presenta una herida, al ırecer de bala, en el reborde anteroinferior interno del ma-ılar inferior. No hay orificio de salida, lo que indica, a las aras, que el proyectil ha debido alojarse en el cerebro. La rma de la herida, de abajo arriba y de derecha a izquierda, sí como la invisibilidad del asesino, me hace pensar fuerte-ente en la hipótesis de un suicidio. Pero...

El Juez.—Se opone la ventana.

El Comisario.—Exacto. ¿Qué quiere decir esa ventana, por onde aparentemente no cabe nadie, abierta con fractura como

para dar salida a un fugitivo inverosímil? Primera interr gación.

El Juez.—¿Adónde da esa ventana?

El Comisario.—A un largo pasillo, correspondiente al n mero cinco de la calle Arlabán.

El Juez.—¿Y si, a pesar de todo, el criminal se hubie escapado por ahí?

El Comisario.—Lo habría advertido el portero de Ar bán, cinco, que, en el momento del crimen, cerraba el port para acostarse.

El Juez.—¿Quién es ese portero?

El Comisario.—Le conozco. Es un negro cubano del C magüey. Ha servido en la Legión y respondo de él. Se llan Urcisino Mota.

El Juez.—¿Ha tomado usted alguna medida?

El Comisario.—A pesar de mi confianza en Urcisino, l colocado un par de guardias en el portel para que deteng al que entre o salga. Pero...

El Juez.—¿Por qué se interrumpe usted?

El Comisario.—Quisiera un poco de agua. Tengo la garga ta seca. *(Pausa. Le sirven un vaso de agua.)*

El Juez.—¿Ha recogido usted el arma homicida?

El Comisario.—¿La pistola?

El Juez.—¡Claro!

El Comisario.—Segunda interrogación. La pistola se la l tragado la tierra. No parece por ninguna parte.

El Juez.—¿Han mirado ustedes bien?

El Comisario.—Como locos.

El Juez.—Rarísimo. Hay que reconocer, querido comisar que sus impresiones no son alentadoras. No hay congruenc faltan indicios racionales, el suceso se presenta desprovisto sentido común. El asesino, si existe, se ha esfumado; la p tola, si es suicidio, se ha desvanecido. Este crimen, en u palabra, no es un crimen serio. Pues bien, señor Comisari afirmemos, ante la informalidad de las circunstancias, la fo malidad histórica de nuestro "yo" judicial. El triunfo se nuestro. Ahora, más que nunca, insistamos en la busca captura de la pistola, homicida o suicida, y del asesino, m terial o invisible. Una solución excluye la otra: si parece arma, la hopótesis del suicidio cae por su base; si no pare la del crimen triunfa. Es que el homicida se la ha llevado el bolsillo y capturando al homicida capturaremos a la p tola.

(Mientras hablan el Juez y el Comisario, los dos agentes h catalogado y estudiado los objetos que traían y, muy partic larmente, el bargueño.)

AGENTE PRIMERO.—Señor Comisario.

EL COMISARIO.—¿Qué pasa?

AGENTE PRIMERO.—Que éste y yo notamos algo anormal en el bargueño.

EL JUEZ.—¿Y eso?

AGENTE PRIMERO.—Hemos sacado todos los cajones. Lo hemos mirado y remirado cien veces. No contiene nada. Y, sin embargo...

EL COMISARIO.—¿Qué?

AGENTE PRIMERO.—Que no hallamos relación entre el mueble, hecho de maderas finas y ligeras, y su peso.

AGENTE SEGUNDO.—Pesa el doble de lo que a simple vista debiera pesar.

EL COMISARIO.—Será el herraje.

AGENTE PRIMERO.—Y al moverlo —mire usted— parece que dentro se mueve algo que no es el mueble mismo.

EL COMISARIO.—¡Caray!

EL JUEZ.—¿Será un doble fondo?

AGENTE SEGUNDO.—Eso digo yo.

EL COMISARIO.—A ver, a ver.

AGENTE PRIMERO.—*(Al Comisario.)* Meta usted la mano entre los costadillos del cajón de la derecha.

EL JUEZ.—*(Al Segundo apunte.)* ¿Pueden dar más luz?

SEGUNDO APUNTE.—¡Eléctrico, da al foco!

(Un potente foco, asestado desde el público, ilumina a los cuatro hombres y al bargueño. Lo demás queda en la penumbra.)

AGENTE PRIMERO.—¿Y ahora?

EL COMISARIO.—*(Registrando.)* En efecto; noto que la yema de mi dedo tropieza con una pestaña.

EL JUEZ.—¿Será un resorte? *(Ligera pausa. Se oye la uña del Comisario raspar en el interior del bargueño.)* Apriete usted... *(El Comisario aprieta y aparece un doble fondo.)*

EL COMISARIO.—¡Saltó! *(Curiosidad creciente en todos.)*

AGENTE PRIMERO.—¿No lo dije?

EL JUEZ.—¿Qué hay?

AGENTE PRIMERO.—Cartas. *(Las saca.)*

EL JUEZ.—*(Tomándolas.)* De mujer: no hay más que olerlas.

EL COMISARIO.—¿Y debajo?

AGENTE PRIMERO.—Una caja de bombones.

EL JUEZ.—¿Y dentro?

AGENTE PRIMERO.—*(Sacando una pistola con aire de triunfo.)* ¡La pistola!

AGENTE SEGUNDO.—*(Lo mismo.)* ¡La pistola del crimen!

EL COMISARIO.—Deliráis, muchachos.

EL JUEZ.—¿En qué cabeza cabe que sea esa la pistola, siendo

así que la encontramos en un doble fondo y guardada en caja de bombones?

El Comisario.—Y además la tapa del bargueño est echada con doble vuelta de llave.

Agente primero.—(*Tocando, incrédulo, el cañón del arm* Sin embargo...

Agente segundo.—(*Lo mismo.*) El cañón está caliente.

Agente primero.—Como de haber disparado.

Agente segundo.—Toque usted por gusto, señor Juez. *entrega la pistola.)*

El Juez.—(*Tocándola, admirado.*) ¡Tate, tate! Toque us señor Comisario.

El Comisario.—(*El mismo juego.*) ¡Toma! Está cali porque el bargueño estaba ras con ras con el radiador.

El Juez.—Sin réplica.

El Comisario.—(*Examinando la pistola.*) Es una pis "Karr. Trust armero. Manchester"; calibre seis, número fábrica, 56.951.

El Juez.—¿Está cargada?

El Comisario.—Sí, señor.

El Juez.—Apunte usted.

El Comisario.—(*Con el arma empuñada.*) ¿A quién?

El Juez.—Digo la filiación del arma.

El Comisario.—¡Ah!

El Juez.—¿Quiere usted descargarla?

El Comisario.—Al momento. (*Lo hace.*) ¡Diablo!

El Juez.—¿Otra cosa?

El Comisario.—(*Estupefacto.*) La locura, señor Juez... ¡¡] ta la primera cápsula del cargador!!

El Juez.—(*Lo mismo.*) ¡Absurdo!

El Comisario.—Y además, mire usted: hay señales ine vocas en la recámara de que el proyectil fué disparado... ¡ cientemente!!

Agente primero.—¡Me salí con la mía, mi jefe; ya tene pieza de convicción!

El Juez.—Eso gana la Justicia, aunque lo pierda la Lóg

El Comisario.—El hecho es real, categórico, y se impone sí mismo. Yo me rindo a la evidencia.

El Juez.—Y yo al disparate, porque se impone con la c goría de una prueba. La bala que está de menos en esta tola, está, sin duda de más, en la cabeza del muerto. Si e es así, como temo, admitida la causa, admitamos el efe Y una de dos, señor Comisario: o han matado a Don J o Don Juan se ha pegado un tiro. Si lo primero, el ases —en medio minuto—mató a Don Juan, fracasó en un inte de evasión, introdujo la pistola en un mecanismo por der

plicado, echó la llave, y, por si fuera poco, una vez burlado empo, se burló también del espacio, filtrándose por la pared.

GUNDO APUNTE.—¿Será el comendador?

COMISARIO.—¡Silencio!

L JUEZ.—Si lo segundo, peor todavía. Don Juan se ha pe- o el tiro en la cabeza, y aún caliente su cadáver, se ha ntado del suelo; ha embalado la pistola con cartas de er dentro de una caja de bombones; ha depositado el pa- tito en el doble fondo del bargueño; ha oído, más tarde, o ustedes derribaban su puerta y, temeroso de que le sor- ndieran, se ha tumbado paradójicamente en decúbito su- o... ¿Hay disparate mayor? Este sufrido teatro tiene una ga historia de comedias desatinadas... ¡Pues bien, señor nisario; yo pongo las manos en el fuego a que nunca se representado cosa tan inverosímil como ésta!

N CABALLERO DEL PÚBLICO.—Con la venia, señor juez.

L JUEZ.—Diga, caballero. *(Al Segundo apunte.)* Haga el fa- de dar luz a la sala.

N CABALLERO DEL PÚBLICO.—Hasta ahora asistimos a la ini- ción de un folletín policiaco, de un enigma "viejo estilo", la manera de Conan Doyle, Gastón Leroux y demás presti- gitadores... ¿No podría llevar la indagatoria por un camino is humano? Lo digo a título de aficionado a la comedia.

EL JUEZ.—¿Y usted cree que es una comedia lo que aquí presentamos? No, caballero. Lo que se está produciendo en escenario tiene por lugar de acción el escenario mismo. s la vida, la realidad en movimiento, el ser y el no ser de eráclito, el devenir de Hegel, el "ahora" de Ortega y Gasset; momento fragante, que es empujado a lo pretérito por el stante sucesivó, nuncio del desenlace. Cada hombre es una ebulosa espiral compuesta de miriadas de electrones. Cada ectrón, un sistema solar en miniatura, y cada vibración de célula nerviosa, la contracción del universo en una neurona. i esto es una comedia, como usted supone, ¿a que no adivina desenlace?

UN CABALLERO DEL PÚBLICO.—Soy fatalista. El desenlace está scrito.

EL JUEZ.—Todo está escrito en la comedia humana. Pero escendamos a la vida que "se hace" y "hagámosla". Decía sted que la pista de la pistola le resultaba folletinesca. Verdad?

UN CABALLERO DEL PÚBLICO.—Sí, señor.

EL JUEZ.—Y a mí lo mismo. ¿Querría usted entonces otra que hablase más a su inteligencia, ¿no?

UN CABALLERO DEL PÚBLICO.—Y a mi sensibilidad.

EL JUEZ.—Muy justo. *(Toma el paquete de cartas del bar-*

gueño.) ¿Le parece a usted bien este puñado de cartas [...]ninas? Seguramente hay en ellas una pista interesante. [...] permítame un momento. *(Volviendo a la escena.)* Señor [...]sario de policía...

EL COMISARIO.—A sus órdenes.

EL JUEZ.—Necesito que usted y sus hombres den una b[...] en el foso del teatro. Acabo de tener la visión intern[...] que el criminal se oculta bajo un montón de decorado v[...] No hay que desdeñar los avisos de la subconciencia. *(Va[...] Comisario con los agentes. Al público.)* Aquí tenemos, señ[...] de mi alma, un puñado de cartas de mujer dirigidas a [...] Juan. Y si hay un viejo aforismo, que nos dicta en prese[...] de un crimen: "Buscad a la mujer", con más razón ah[...] que han matado a Don Juan, podremos deducir que la m[...] su víctima eterna, se ha vengado. Hay que tener presente [...] el Don Juan, actor, que acaba de morir, era en vida el pr[...] Don Juan, creación de la fantasía, que, por ser trasunto d[...] tan maravillosamente interpretaba. Hermoso por natural[...] cruel por atavismo, bravo por imaginación, sensual por [...]cuescencia, reunía en sí, en multiforme avatar, pinceladas [...] Tirso, reflejos de Molière, destellos de Byron, trinos de [...]rrilla, matices de Ortega y taras de Marañón. Era el m[...]truo de cien corazones y un solo nombre: Don Juan. Y [...] mundo de percepción era un mundo de curvas femenina[...] ¡Don Juan! Aquí están las cartas de sus apasionadas...: [...]romántica, la devota, la deportista, la universitaria, la co[...]rera, la golfilla... ¡Las oprimo en mis dedos y las siento [...]pitar como el latir de un pájaro cautivo! ¡Quién sabe si [...] una de ellas parte un hilillo sutil que termina en la mano [...] escribió con sangre la última palabra! Aquí está, sin du[...] la pista que usted quería, caballero. ¿Quiere usted que p[...]bemos a leer alguna?

UN CABALLERO DEL PÚBLICO. — Siempre que no sea de [...] mujer...

EL JUEZ.—Usted tose, y me detengo en la firma. *(Revuel[...] las cartas y toma una.)* He aquí una carta tomada al azar[...] ¡Cosa rara! Tiene el membrete de este mismo teatro. Veam[...] lo que dice. *(Lee.)* "Mi adorado... *(Una mano de mujer, q[...] sale por la concha, le interrumpe, tirándole del pantalón.)* ¿[...] a mí?... *(El Juez se inclina y habla con la supuesta interl[...]cutora.)* ¿Qué hace usted en la concha, señorita? *(Desde [...] público no se puede oír lo que dice la mujer escondida. El Ju[...] replica.)* Esta carta, como todas, tiene que figurar en autos. *(Sigue el bisbiseo suplicante. El Juez deniega.)* ¡Imposibl[...] *(Insiste la mujer.)* Lo comprendo; pero... *(Se oye un solloz[...] El Juez escucha atentamente y cierra el diálogo, diciendo.)* [...]

acredita con su inocencia que es suya esta carta, se la lvo. *(Grito de alegría dentro de la concha.)* Vaya usted ıtaduría y espéreme. *(Al público.)* Hay una razón de a mayor, y fuerza puede ser sinónimo de delicadeza, no leer esta carta. Veamos otra. Papel color tabaco egip-Letra invertebrada. *(Lee.)* "Mi perverso Don Juan: Accedo capricho, y te mando, para tu museo, el zapatito de tacón ro que fué tu martirio aquella noche. Tu..." *(Grita una r en el público. El Juez suspende la lectura y dice.)* No arme, señorita. No vale la pena de leer la firma. *(Toma carta.)* Ortografía indeseable. Solo acierto a leer: "Te ría los morros." Habla de corazón, de riñones, asadura más bagatelas anatómicas. No hay duda: es una carnicera elo. El burlador es ecléctico. *(Otro grito de mujer en el iso.)* ¿Se han dado cita en el teatro todas las mujeres Don Juan? *(Con otra carta en la mano.)* ¡Hombre! Aquí mos un curioso "rendez-vous". Oigan ustedes: "Impaciente Juan: Pide usted con demasiada audacia. No espere usted acuda a la cita; pero confío en que usted no faltará. a, las nueve; sitio, la Puerta del Sol; al pie mismo de estatua del doctor Asuero." Hay una postdata. "¡Qué lás-a que trabaje usted en los estrenos! Son las únicas noches Pepe no está en casa." *(El Caballero del público toma el brero y vase por el pasillo de butacas.)* Otra carta, y otra, tra... La vista avezada las interpreta sin leer... Curiosi-morbosa, hipocresía, baja sensualidad, fetichismo, histeria: a la gama del amor podrido... *(Desdoblando una carta, in-gadísimo.)* ¿Y ésta? ¡Por fin! Aquí tenemos la carta-clave. ención, señores: *(Lee.)* "Ella va a verle. ¡Cuidado! No me iga usted en el trance de matarle o de quitarme la vida." La ra es normal, robusta, sincera. La mano que ha escrito es, duda, la mano que ha matado. *(Volviendo el plieguecillo.)* allazgo notable! Don Juan ha escrito al dorso una estrofa Guerra Junqueiro, como si contestara a la amenaza de ıerte con un afirmación de su temible personalidad. Oigá-osle. *(Lee.)*:

"Eu quero braços nus, braços como serpentes,
que possan rebentar, salvajens, musculosos.
Os tigres do deseio, os tigres luxuriosos,
que sentimos rugir os coraçaos ardentes.
Quero despedaçar os lirios inocentes,
as crenças virginaes, os astros luminosos...
Eu quero alimentar dos sonhos tenebrosos
e sentir do remordo os purpurinos dentes."

¡He aquí a Don Juan, que se yergue ante nosotros! (a un poeta, ha recobrado el tema su perdida dignid Justicia puede ahora caminar sobre cumbres.

La Cisneros.—*(Desde el público.)* Con licencia, seño *(Es una muchacha bella, altiva. Viste traje correctísi sastre. No lleva adornos, ni pendientes, ni sortijas.)*

El Juez.—¿Quién me interrumpe?

La Cisneros.—Una mujer... ¡mujer! Nada de conqui Don Juan. Las tales son carne de clínica. Don Juan seducido nunca a ninguna mujer cerebralmente sana. E de Don Juan, no es otra cosa que un producto del narc sexual del hombre. Pido pasar al escenario para defen decoro de mi sexo.

La Galindo.—*(Que ha permanecido en el escenario tc vestida con el traje de Doña Inés, se adelanta y dice, siasmada.)* ¡Bravo, señorita; así se dice! ¡Si supiera hombres presumidos que las verdaderas Don Juanes s nosotras!... *(Se echa atrás el rostrillo y deja ver, como traste con el hábito, una melenita encantadora.)*

El Juez.—Orden, orden.

La Cisneros.—Soy redactora de tribunales del peri "La Justicia". Deseo asistir a las actuaciones judiciales ; fender al homicida, fuere quien fuere, hombre o mujer. doctora en Derecho y Filosofía.

El Juez.—¿Tiene la bondad de decirnos su nombre?

La Cisneros.—Rosa Cisneros.

El Juez.—¿Casada?

La Cisneros.—¡Horror! Soltera.

El Juez.—¡Divino, señorita! Yo soy el juez, y tampoco caso con nadie.

La Cisneros.—¿Puedo pasar al escenario?

El Juez.—Siempre que no pierda de vista una realidad creta: que perseguimos ahora la captura del asesino.

La Cisneros.—Que le capturen para que yo le defienda.

El Juez.—Pase, entonces.

El Capitán Centellas.—Con permiso.

El Juez.—¿Quién es usted?

El Capitán Centellas.—¡"El Capitán Centellas"!

El Juez.—¡Hombre!

El Capitán Centellas.—Es mi seudónimo en la Prensa. S periodista y poeta.

El Juez.—¿Qué desea?

El Capitán Centellas.—Subir también al escenario. Ba que la señorita Cisneros, enemiga de mi sexo y del suyo, consiga, para que yo no me quede atrás. Necesito defender

ra excelsa de Don Juan en contra de la Cisneros y de l feminismo en masa.

DO.—*(Levantándose.)* Señor Juez.

UEZ.—¿Otro?

DO.—Un momento.

UEZ.—¿Qué quiere?

DO.—Formular la misma petición. Me obliga a ello la a clase social que represento.

UEZ.—¿Qué clase social?

DO.—Soy presidente de "La Liga de esposos oprimidos".

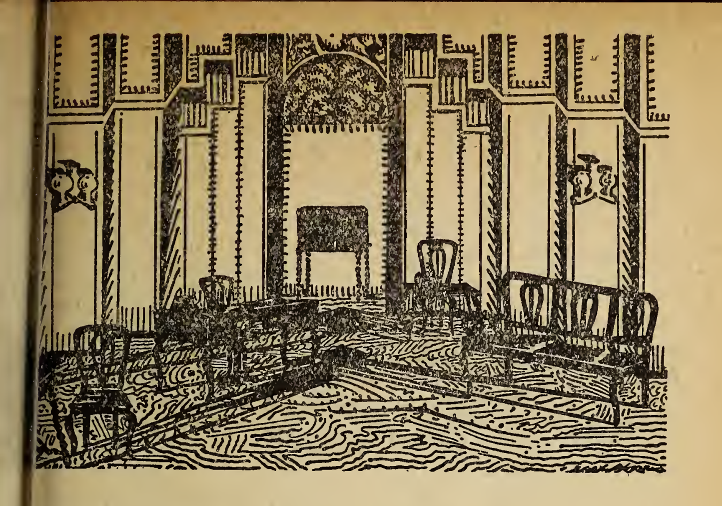
UEZ.—¿Su nombre de usted?

DO.—Cándido Casado.

JUEZ.—Bien, señor Casado. Venga al escenario, pasados minutos, con el capitán Centellas y la señorita Rosa os. *(Al público.)* La Justicia, que es de todos y para to-usta de verse asistida por el cuerpo social. Ahora vamos ceder a ordenar los primeros elementos para la instruc-lel sumario. Tengo la corazonada de que muy pronto es-en nuestro poder el asesino. Para encerrarlo en la tram-que fatalmente ha de caer, necesito interponer el telón nosotros por espacio de diez minutos. Entretanto, seño-ya que han perdido la representación de una comedia, nse la ilusión de que este suceso lo es, y como si fuera un acto salgan a los pasillos a fumar. Para que la ilusión sea leta, pueden imaginarse que con estas palabras termina el primero.

TELON





ACTO SEGUNDO

-egundo apunte ha puesto una decoración de despacho de Juzgado. -n mesa ministro. Mesita auxiliar para mecanógrafo y otra mesa -a el Secretario. Biombo, sillones y un sofá en primer término. El -retario trabaja en su mesa. La Cisneros y el Capitán Centellas -uten en un rincón del escenario. el Juez habla con el Segundo Apunte al lado de la concha.

-egundo apunte.—¿Qué tal el despachito?

-l Juez.—Muy bien, Pepe Redondo. Se ha portado usted.

-egundo apunte.—¿Verdad que sí?

-l Juez.—Nunca tuve despacho mejor. Merece usted un -lauso.

-egundo apunte.—*(Mirando al público.)* Pues no me lo dan.

El Juez.—Basta con merecerlo. Lo importante no es el pre-io, sino el esfuerzo para conseguirlo. A otra cosa, Pepe Re-ndo.

Segundo apunte.—Mándeme usía.

El Juez.—Baje usted al foso y diga al señor Comisario que -timo necesaria su presencia.

Segundo apunte.—Al momento. *(Vase.)*

El Juez.—¿Está usted bien instalado, señor Secretario?

El Secretario.—Estupendamente.

El Juez.—Pues vamos a lo nuestro, señor Secretario. Em-

piece la realidad a disfrazarse de ficción o la ficción a pa una verdad. Tanto monta.

El Secretario.—Lo esencial es que tengamos un acusad

El Juez.—Como que sin él no hay comedia judicial. *(A blico.)* Señoras y señores: Reanudamos la labor interru da. *(Sale el* Comisario.*)* Aquí el señor Comisario nos e cará sus pesquisas.

El Comisario.—Desde luego.

El Juez.—¿Hay novedades?

El Comisario.—Sí, señor.

El Juez.—Diga.

El Comisario.—Con arreglo a sus instrucciones, y acor ñado de dos agentes, he bajado al foso del teatro. Nos pr día, para guiarnos, el maestro maquinista de la casa. Usted dijo que sospechaba que un montón de decorado viejo fu el escondite del asesino. ¡Magnífica intuición!

El Juez.—¿Acerté?

El Comisario.—Casi puedo jurarlo.

El Juez.—¡Hola!

El Comisario.—Bajamos a obscuras, en silencio. Mi aleg subió de punto cuando descubrí una barricada de decoracio dobladas en fardos junto al pie derecho del foso. La prim parte de la predicción de usted estaba cumplida. Allí tenían el montón de decorado viejo. Faltaba sólo el criminal. Y co esperaba verle brotar de la sombra de un momento a ot previne a mis hombres para estar listos a todo evento. habían transcurrido cinco minutos cuando advertimos u sombra que se movía. Era un hombre, sin duda. Y como podía ser de la casa, el intruso tenía que ser por fuerza el a sino. Aguzamos la vista, el olfato y todos los sentidos corpo les... El bulto sospechoso se arrastraba como buscando ent los fardos de papeles una hendidura para escurrirse. Nos la zamos de pronto, rodeamos la barricada de papel, asestam linternas y cañones de pistola al agujero sospechoso y... ¡nad

El Juez.—¿Nadie?

El Comisario.—El sitio.

El Juez.—Es singular.

El Comisario.—Cosa de magia. Pero tres hombres avezad no pueden engañarse. No hay, pues, alucinación posible. ¿Qu clase de hombre es éste que, como anguila escurridiza, se n va de entre las manos?

El Juez.—¿Y usted?

El Comisario.—No desmayo.

El Juez.—¡Bien!

El Comisario.—No creo en lo sobrenatural. Ese hombre,

ar de su apariencia diabólica, es un hombre como otro cual-era. Lo tengo bloqueado y caerá en mis manos.

EL JUEZ.—¿Cómo?

EL COMISARIO.—Con una persecución más intensa. He tripli-o el número de agentes. Mi sistema es estrechar el cerco dualmente, dejando al margen los rincones registrados a ciencia.

EL JUEZ.—¿Ha estudiado usted los puntos de posible huída?

EL COMISARIO.—Sí, señor.

EL JUEZ.—¿Cuáles son?

EL COMISARIO.—Tres.

EL JUEZ.—Dígalos.

EL COMISARIO.—Dos puertas de entrada y salida para los moyistas. Una claraboya a ras del suelo que comunica con pasillo de la casa número cinco de la calle de Arlabán. Por rto que esta claraboya está abierta en la misma vertical co-spondiente a la ventana misteriosa del cuarto del crimen...

EL JUEZ.—¡Ah!

EL COMISARIO.—Y una tercera salida: el agujero de la con-a del apuntador que tenemos delante.

EL JUEZ.—*(Apartándose involuntariamente.)* ¡Demonio!

EL COMISARIO.—Por ahí no sale. Precisamente aquí mismo, bajo de nuestros pies, tengo apostado a uno de mis mejores entes, Baldomero Plaza. Verá usted. *(Da con los nudillos en tarima.)* ¿Está usted ahí, Baldomero?

AGENTE PRIMERO.—*(Desde el foso. Oyese su voz como en caja rada.)* Sí, señor.

EL COMISARIO.—¿Hay novedad?

AGENTE PRIMERO.—Ninguna.

EL COMISARIO.—Vigile usted y avise a la menor alarma.

AGENTE PRIMERO.—Bueno. *(El Comisario se incorpora.)*

EL JUEZ.—Es usted admirable, señor Comisario.

EL COMISARIO.—Por eso estoy tranquilo contestando a sus eguntas. A la menor señal, con previo permiso de usted, des-arezco.

EL JUEZ.—Encantado. ¿Querría usted ahora contestarme a a pregunta especial?

EL COMISARIO.—Pregunte usted.

EL JUEZ.—¿Usted se ha fijado en la particularidad extraña e ofrece la herida del muerto?

EL COMISARIO.—Mis impresiones sobre este extremo están ntenidas en la primera y única respuesta que he tenido el nor de darle.

EL JUEZ.—¿Nada más?

EL COMISARIO.—Nada más.

EL JUEZ.—¡Qué lástima!

El Comisario.—Harto lo siento. No soy médico forense.

El Juez.—Lo comprendo. Y por lo mismo voy a llamar teléfono al doctor Lorente. Un avance de su juicio sobr caso puede sernos precioso.

Segundo apunte.—*(Señalando un aparato que hay sobr mesa.)* Puede usía utilizar ese teléfono de la mesa, señor J

El Juez.—¿Ese? Yo creí que en el teatro los teléfonos de guardarropía.

Segundo apunte.—Si esto fuera una comedia, sí, señor. en un despacho para todo un juez de categoría, yo tengo servir un teléfono de veras. Ese aparato está conectado co Compañía Telefónica Nacional.

El Juez.—Estupendo. Voy a utilizarlo. *(Llama. Habla po léfono. El público, como es natural, oye sólo este medio logo.)* Al habla. ¿Es usted, doctor? Yo mismo: el Juez de g dia. Hablo a usted desde el teatro Alkázar. ¿Está usted e rado por la radio? Sí, sí... Un crimen horrible. Conmovei toda España. Necesito su auxilio profesional con toda ur cia. Antes como admirador que como Juez le suplico que ga. Gracias. Como usted no puede imaginarse. Curiosísi Este crimen está lleno de circunstancias raras y chocar Gracias, doctor, gracias. *(Cuelga el teléfono.)* Viene inme tamente.

El Comisario.—Me alegro.

El Juez.—*(Al Representante de la Empresa, que momei antes se ha presentado en escena.)* ¿Qué hace usted aquí?

El Representante.—Al alzar el telón me ordenó usía que presentara en el escenario.

El Juez.—Perdone usted, pero son tantos y tales los ex mos que hay que abarcar que no es extraña una distracción

El Representante.—Espero sus órdenes.

El Juez.—Deseo saber simplemente el número de actores compone la compañía.

El Representante.—De nómina, veinticuatro artistas.

El Juez.—¿Nada más?

El Representante.—Y cinco meritorios.

El Juez.—¿Y de otras dependencias?

El Representante.—Cuatro carpinteros de día y ocho a tencias de noche; dos utileros, dos guardarropas, un electri ta, un sastre, un peluquero, un mueblista, dos bomberos guardia, el avisador, el celador y el portero del escenario. E como nómina y hoja, que como extraordinario con motivo "Tenorio" han venido esta noche: el cabo de comparsas, o malditos, cuatro estatuas, un fagot, dos clarinetes, un óbo un pirotécnico. Total, cincuenta y cuatro sueldos y diez y s bolos, que suman setenta y una personas.

l Juez.—Se las sabe usted de corrido.
l Representante.—Como que las tengo que pagar.
l Juez.—¿Han venido todos esta noche?
l Representante.—A cobrar no falta nadie.
l Juez.—Entonces han venido todos.
l Comisario.—Y no ha salido ni sale ninguno. De eso res-
do.
l Representante.—Pero quien puede contestar mejor que
es el portero del escenario. Ese conoce a los de casa y a los
fuera.
l Juez.—Que venga ese portero.
l Representante.—Voy a llamarle. *(Vase.)*
egundo apunte.—*(Adelantándose.)* Con permiso, señor Juez.
l Juez.—¿Tiene algo que decir?
egundo apunte.—Sí, señor.
l Juez.—Dígalo pronto.
egundo apunte.—Que falta uno.
l Juez.—¿Cómo?
egundo apunte.—Que falta uno del personal de telón aden-
. Lo estoy echando de menos y no quiero callarme.
l Juez.—¿Quién es?
egundo apunte.—Un guardarropa.
l Juez.—Su nombre.
egundo apunte.—Blas Rebolledo.
l Juez.—¿No ha venido?
egundo apunte.—Ha venido, sí, señor. Y ha faltado a su
esto para poner esta escena.
l Juez.—¿Y cuándo le vió usted la última vez?
egundo apunte.—Minutos antes de cometerse el crimen.
l Juez.—¡Hola! Anote usted, señor Secretario: "El guarda-
pa Blas Rebolledo ha desaparecido misteriosamente minutos
es del hecho de autos."
l Secretario.—Ya está.
l Juez.—Gracias, Pepe Redondo, por su espontánea decla-
ión. Puede usted retirarse. *(Vase el Segundo apunte.)*
l Comisario.—No me cabe en la cabeza...
l Juez.—¿La desaparición del guardarropa?
l Comisario.—Nadie ha podido salir.
l Juez.—Entonces ya parecerá. *(Viene el Representante
n el Portero del escenario. Este se presenta muy tímido; con
idente temor al público y al interrogatorio.)*
l Representante.—Venga usted, venga usted.
l Juez.—Adelántese usted sin miedo. La Justicia no se
me a nadie.
l Portero.—Sí, señor.
l Juez.—Digo que no se come a nadie.

El Portero.—No, señor.
El Juez.—¿Cómo se llama usted?
El Portero.—Toribio Pérez.
El Juez.—¿Es usted portero del escenario?
El Portero.—Sí, señor.
El Juez.—¿Conoce usted a todo el personal de la casa?
El Portero.—Sí, señor.
El Juez.—¿Y tiene usted orden de la Empresa de no d pasar a ninguna persona extraña?
El Portero.—Sí, señor.
El Juez.—Y esta noche—fíjese bien en lo que contest ¿han pasado todos los de costumbre?
El Portero.—Todos.
El Juez.—¿Incluso Blas Rebolledo, el guardarropa?
El Portero.—También.
El Juez.—¿Lo ha visto usted salir? Procure usted recor
El Portero.—No ha salido.
El Juez.—¿Conoce usted a los comparsas y demás suj que, por ser el "Tenorio", han venido sólo esta noche?
El Portero.—Conozco a algunos.
El Juez.—¿Y cómo pasan?
El Portero.—Conforme van entrando me dan contrase Yo las reúno y las entrego al jefe de acomodadores.
El Juez.—¿Cuántas son hoy?
El Portero.—*(Sacándolas.)* Diez y siete.
El Comisario.—Vengan. *(Las recoge.)*
El Juez.—Además de toda esa gente, ¿han entrado esta che personas desconocidas para usted?
El Portero.—Sí, señor.
El Juez.—¿Muchas?
El Portero.—Tres.
El Juez.—Procure recordarlas.
El Portero.—A primera hora vino un chico con una ca para Don Juan en propia mano. Recogió el sobre firmado y fué. Don Juan puso muy mala cara cuando leyó la carta. vi desde mi sitio. Entró en su cuarto a vestirse y pegó un p tazo.
El Juez.—Apunte usted, señor Secretario, ese gesto categ co de Don Juan.
El Portero.—Después vino un señor grueso, medio cal con tipo de cura, y tan autoritario que no me atreví a p guntarle dónde iba... Venía muy nervioso, descompuesto blanco como el papel. Pidió al avisador que le subieran al loncillo un doble de cerveza...
El Comisario.—Un momento, señor Juez: el hombre sol rio del saloncillo, que es el mismo que dice el portero, me ti

ımado. Pasea nervioso, habla solo; enciende pitillos, que . a medio consumir... En fin, que fuma y bebe demasiado a ser inocente.

ʟ Juez.—No le pierda usted de vista.

ʟ Comisario.—¡Quiá!

ʟ Juez.—Subraye usted, señor Secretario, la personalidad rañia del hombre solitario del saloncillo.

ʟ Secretario.—*(Dando una plumada sobre el papel.)* He-.

ʟ Juez.—Bien: ya tenemos a dos. ¿Quiere decirnos el tes- ɔ cuál es la tercera persona que ha entrado esta noche en escenario?

ʟ Portero.—Una muchacha vestida de negro.

ʟ Juez.—¿Señorita?

ʟ Portero.—Más bien señorita que artesana.

ʟ Juez.—¿Guapa?

ʟ Portero.—Preciosa.

ʟ Juez.—¿A quién buscaba?

ʟ Portero.—Precisamente a Don Juan. *(Movimiento de cu- sidad en todos.)*

ɛʟ Capitán Centellas.—¡Hombre, gracias a Dios!

ɛʟ Juez.—¿Por qué?

ɛʟ Capitán Centellas.—Porque ha salido a escena una mu- . Tratándose de Don Juan hacía falta una aventura.

ʟa Cisneros.—Esa es una tontería, con permiso de la auto- ad.

ɛʟ Capitán Centellas.—*(Indignado.)* ¡Señorita Cisneros!...

ɛʟ Juez.—*(Imponiendo silencio.)* ¡Despacio, señores! Haya ıma y no perturben el interrogatorio. *(Al Portero.)* Decía ted...

El Portero.—Que la señorita preguntaba por Don Juan, y... *ausa.)*

El Juez.—¿Qué más?

El Comisario.—No se pare usted.

El Juez.—Diga lo que sepa.

El Portero.—La dejé entrar, porque Don Juan me lo había vertido media hora antes de comenzar la función. "Va a ve- r a buscarme—me dijo—una señorita vestida de negro; ıerá un rollo de papeles en la mano. Tan pronto como llegue gala usted pasar a mi cuarto." *(Conmovido.)* ¡Pobre Don an! ¡Quién había de decirme que estas eran las últimas pa- bras que me dirigía! ¡Permita Dios!...

El Juez.—Bien; reprima usted su emoción y adelante. ¿N ted algo de particular en la muchacha?

El Portero.—¿Cómo si noté?

El Juez.—Diga, diga...

El Portero.—Tenía los ojos con lagrimitas. Pero no un l to así como de acobardarse, no, señor; un llanto de rabia. ¡ be tener un geniecito!...

La Cisneros.—Ya me es simpática.

El Portero.—Don Juan la esperaba. Yo noté que la muc cha, nada más que verle, cambió de semblante. Puso una c de lo más inocente y risueña.

La Cisneros.—Así entraría Judith en la tienda de Holo nes. ¡Me gusta, me gusta!...

El Portero.—Y entró en el cuarto. Ya no vi más. Don Ju se encerró con ella, echando la llave por dentro.

El Comisario.—¿A qué hora?

El Juez.—Recuerde, recuerde...

El Portero.—Veinte minutos antes de sonar el tiro.

El Juez.—¿Del crimen?

El Portero.—Sí, señor.

El Juez.—¡Es ella!

El Capitán Centellas.—¡Hurra! ¡Ya tenemos a la crimin

La Cisneros.—¡A la vengadora!

El Juez.—¡Silencio! No hay duda, señor Comisario: esta la mujer que yo presentía... *(Dándose una palmada en frente.)* ¡Ah, ya está aquí! ¡Ya está aquí!... *(Tomando nervio mente las cartas que antes leyera.)* La declaración del port está íntimamente ligada con la carta-clave que he leído público. Hela aquí. *(Lee.)* "Ella va a verle. ¡Cuidado! No ponga usted en el trance de matarle o de quitarme la vida."..

El Portero.—*(Reconociéndola.)* ¡La carta del "continenta

El Juez.—*(Sorprendidísimo.)* ¿Eh?

El Portero.—Esa es la carta que venía en el sobre que tr el chico del "Continental". La misma que vi en las manos Don Juan.

El Juez.—¡Claro como la luz! El crimen se ha pensado resuelto quizá no haga tres horas...

El Comisario.—Pero esa carta presupone la existencia dos individuos: la señorita vestida de negro...

El Juez.—Y... ¡Tiene usted razón! La que escribe la am naza de muerte.

El Comisario.—A menos que...

El Juez.—¿Qué?

El Comisario.—El hombre solitario del saloncillo...

El Juez.—¡Déjeme usted en paz!

El Comisario.—Son dos de todas maneras.

El Juez.—Para quebrarnos la cabeza. Pero lo cierto es q ahora estamos sobre la verdadera pista. "Ella va a verle." l visita que anuncia el anónimo es sin duda la muchacha vesti de negro.

L PORTERO.—No, señor.
L JUEZ.—¡Le prohibo a usted opinar!
L PORTERO.—Si no opino, señor... Es que no es ella.
L JUEZ.—¿Cómo lo sabe usted?
L PORTERO.—Si no me han dejado hablar...
L JUEZ.—Pues hable de una vez. *(Calmándose.)* Lo cierto señores, que hemos perdido la sangre fría en un momento emoción. Somos hombres. Pongamos orden en nuestras ıs y continuemos la indagatoria con aquella ecuanimidad tanto conviene a la Justicia. *(Al Portero.)* Hable usted.
L PORTERO.—Voy a decir, señor Juez, todo lo que he vis- ¡Al principio tenía vergüenza y miedo al público!... Pero he perdido las dos cosas. No es la primera vez que esa orita ha visitado a Don Juan. Ha venido otras veces, y mpre con el mismo rollo de papel en la mano y la misma ocación en la cara. Hace dos noches quiso entrar con un chacho moreno que la acompañaba; lo cual que yo no lo é, y en poco estuvo que anduviéramos a trastazos. El tal cete parecía su novio, o algo más. Digo, si no me equivoco. esas cosas...
EL JUEZ.—Un portero no se engaña nunca.
EL PORTERO.—A lo que iba. El mozo parecía tirarle a la ca de la falda para que no entrara en el escenario. Pero a, erre que erre, se impuso, y entró. El hombre, negro de , echó pies atrás y tomó el portante, no sin clavarme antes ı una mirada que no me sale del cuerpo tan aína..., por- e la he visto esta noche, sin verle a él.
EL JUEZ.—¿La mirada?
EL PORTERO.—Me explicaré. Tengo dicho que la señorita ves- a de negro entró en el cuarto de Don Juan y que Don Juan hó la llave por dentro. Cosas... Para matarse con un hom- e o para rendir a una mujer, se encerraba, sin mirar con ién... ¡Era muy grande! Pero a la cuenta, esta noche no bió salirle muy bien la combina...; lo digo al tanto de que poco de encerrarse con la pájara, abrió la jaula y la soltó. ɔr eso digo que, en mi sentir, no fué la señorita vestida de gro la que mató a Don Juan. Todo lo más, todo lo más, los os "atravesaos" del muchacho. Que si le han mirado a él mo me miraron a mí..., ¡Requiesca!... Y le han mirado a , que lo tengo visto...
EL JUEZ.—¿Cuándo?
EL PORTERO.—Cuando Don Juan abría la puerta para que liera la pajarita de las nieves. ¡Entonces!...
EL JUEZ.—¿Le miraron?
EL PORTERO.—*(Jurando.)* ¡Por éstas!
EL JUEZ.—¿Desde dónde?

EL PORTERO.—*(Con misterio.)* Desde detrás de los crista del ventanuco ese que dice el señor Comisario que han sa do sin saberse cómo...

EL JUEZ.—¿Está usted seguro?

EL PORTERO.—Desde mi puerta lo vi, como un relámpa Yo no tengo pupilas: son telescopios. La muchacha no f porque salió del cuarto. Pero señalo por asesino al homl que miró tras el ventano... Y no digo más.

EL COMISARIO.—Y ese hombre, ¿ha entrado esta noche en escenario?

EL PORTERO.—Por mi puerta, no, y es lo que me pasn Ella, sí.

EL JUEZ.—Y ella, ¿ha salido?

EL PORTERO.—No, estoy seguro de que no ha podido escap

EL COMISARIO.—¡Será nuestra!

EL JUEZ.—¡A buscarla!

EL REPRESENTANTE.—*(Adelantándose.)* Señor Juez, con venia. Tengo que hacer una manifestación importante.

EL JUEZ.—¿Sobre...?

EL REPRESENTANTE.—La señorita vestida de negro.

AGENTE PRIMERO.—*(El agente* PLAZA *asoma por la conch* Mi jefe...

EL COMISARIO.—¿Qué hay, Plaza?

AGENTE PRIMERO.—Ya tenemos al hombre.

EL COMISARIO.—¿Dónde?

AGENTE PRIMERO.—Amparado en un escotillón que le sir de trinchera. Para mí que vamos a tener película.

EL COMISARIO.—¿Se resiste?

AGENTE PRIMERO.—En las manos le brilla un arma. Pare dispuesto a jugarse la vida.

EL COMISARIO.—No perderle de vista, que ya voy.

(Desaparece por la concha la cabeza del Agente, y por foro, el Comisario. Movimiento en todos de inquietud mal simulada.)

EL JUEZ.—Calma, señores. No hay que alterarse por ta poco. El señor Comisario de policía, valeroso y astuto, sab apoderarse de su presa sin disparar un tiro. Señorita Ro Cisneros, la felicito por la serena actitud de que da ejempl Señor Representante de la Empresa, díganos en breves pal bras la manifestación que tenía que hacer acerca de la señ rita vestida de negro.

EL REPRESENTANTE.—Que por esas señas precisamente, y p venir con un rollo de papel en la mano, voy sospechando q esa señorita no puede ser otra que Carmen Guerrero, mec nógrafa de la copistería teatral que sirve a la compañía ejen plares y papeles de estudio, y si ello es así, como estoy ca

uro, me anticipo a declarar que esa señorita, en contra de insinuaciones del testigo Toribio Pérez, es una muchacha ›ente y digna de respeto.

EL JUEZ.—Se hará constar como usted dice; pero usted ha lo un nombre, y ese nombre hay que pregonarlo. ¡Atención, ores!... Se suplica a todos los que me oyen que lleven mis abras de boca en boca, hasta parar en los oídos de la se- ita vestida de negro. El pregón es éste: "Se cita y em- za a la supradicha señorita, llámese o no Carmen Guerre- para que en el término improrrogable de diez minutos se sente en el escenario a responder de los cargos que contra a se deducen. Previniéndola que de no hacerlo así, le pa- á el perjuicio a que hubiere lugar en derecho."

(Oyense de pronto detonaciones de pistola procedentes del o, con estrépito de lucha y caída de maderos y practica- s. Apágase la luz, quedando todo en la más profunda oscu- dad. Confusión. Gritos de mujeres.)

EL JUEZ.—¡Luz!

EL ELECTRICISTA.—¡Se ha fundido el plomo!

SEGUNDO APUNTE.—¡Da el puente!

EL JUEZ.—¡Luz!

(Vuelve la luz. En el centro de la escena, esposado y jadean- aparece FERMÍN ULLOA, *debatiéndose bajo la zarpa, en bra- s y hombros, del Comisario y los Agentes.)*

EL PORTERO.—*(Señalándole con energía.)* ¡Ese, ese es el mbre, señor juez!

EL JUEZ.—Tome usted nota, señor Secretario, y retírese el stigo.

(Vase el Portero. Los Agentes, irritados por la reciente lu- a, no sueltan al detenido.)

EL COMISARIO.—Si no te escapas, ladrón.

EL JUEZ.—*(Apaciguando.)* Vamos, vamos...

AGENTE PRIMERO.—Es un hombre de azogue, señor Juez... os ha traído de cabeza.

EL JUEZ.—¿Hizo armas contra ustedes?

EL COMISARIO.—Se ha limitado a huir, y nada más. ¡Pero qué manera! Si no le amedrentamos a tiros, no le echamos zarpa.

EL JUEZ.—Pero ya está seguro.

AGENTE PRIMERO.—Es que...

EL COMISARIO.—Ni con esposas nos fiamos.

EL JUEZ.—Tráiganle ustedes aquí..., al sofá. *(Lo hacen.)* uéltenlo ahora. *(Los Agentes obedecen, recelosos.)* Siéntate. *(El muchacho no se sienta; pero las Agentes le obligan, reti- índose a distancia conveniente para acudir con presteza al enor intento de fuga. El Juez se sienta enfrente de él, le*

mira fijo y le dice con jovialidad.) ¿Qué hay, muchacho?... miras con ojos desorbitados, ¿no?

Fermín.—*(Con tartamudeo hostil.)* Tiene cara de juez...

El Juez.—Y lo soy. Pero, ¿qué entiendes por cara de juez ¿Sientes el espanto del vulgo a la Justicia?... ¿Qué es eso cara de juez? ¿Por qué no ha de tener un juez la cara un padre?... ¿Y qué es un padre más que un juez con amc ¿Y qué es Dios mismo más que un juez con amor? La J ticia es severa, convengo; pero lo mismo es el Deber. Y hombre honrado tanto ama el deber como la justicia. Si e inocente, entrégate a mí como un hijo. Si eres culpable, trégate a mí también, que no has de temer de mí más de que temas de tus mismas pasiones. ¡Abreme tu corazón, paz!... Y perdona que te tutee. No lo hago por menosprec sino porque eres un crío. No tengas nervios; tranquilíza ¿Quieres un poco de azahar? *(A los Agentes.)* A ver, que tr gan un poco de azahar para este muchacho.

Fermín.—*(Hosco.)* No soy una damisela.

El Juez.—¿Eres un hombre?

Fermín.—*(Levantando la cabeza, firme.)* ¡Como el que má

El Juez.—Bebe un poco de agua...

(Un Agente llena un vaso y lo aproxima al preso.)

Fermín.—*(Rechazándolo.)* No quiero.

El Juez.—No seas tonto. Bebe, hombre.

Fermín.—*(Mostrándole las manos esposadas.)* ¿Cómo voy beber, sin manos?

El Juez.—Es verdad. Que le quiten las esposas.

(Contrariedad en el Comisario y los Agentes.)

Agente primero.—Señor Juez...

El Comisario.—Usted no sabe lo que es esto...

El Juez.—*(Categórico.)* ¡Suelto y libre lo quiero!... *(Lo Agentes libran al preso de las esposas. El mismo Juez le ofr ce ahora el vaso de agua.)* Bebe. *(Pausa. El detenido bebe devuelve el vaso vacío, que recoge un Agente. Levanta la ca beza; pónese la mano en la frente, a guisa de pantalla, y mir al público.)*

Fermín.—¿Qué hay detrás de esa luz que me deslumbra?

El Juez.—El público.

Fermín.—*(Entre dientes.)* ¿El público?... *(Cambiando d tono, estupefacto.)* ¿El público? *(Palpándose la ropa.)* ¿Yo so espectáculo?

El Juez.—*(Dulcemente.)* ¿Y qué no es espectáculo en l vida? El mismo Cristo, Nuestro Señor, se ofrendó al mund en espectáculo: *Ecce-Homo.*

Fermín.—¡Pero era Hijo de Dios!... Yo soy menos que u hombre... ¡Soy un preso! Nadie tiene derecho a comprar m

or en una taquilla... No soy un muñeco de teatro. Tengo alma humana... Tengo pudor de mi alma... No diré nada... callaré... No, no...

L JUEZ.—*(Al público.)* Perdonen ustedes, señores, la exal-ión de este desventurado. No es él; es su dolor quien habla.

'ERMÍN.—¡No quiero que me perdonen!... ¡No quiero!...

Avanza dos pasos, encrespado, y mira al público como si ra a saltar a las butacas. Los Agentes, rapidísimos, se co-in a su lado. El preso les mira largamente, y, muy despa- vuelve a sentarse en el sofá.)

L JUEZ.—¿Cómo te llamas?... Di.

'ERMÍN.—No hablaré...

L JUEZ.—Responde.

'ERMÍN.—No.

L JUEZ.—¡Por última vez, contesta!

'ERMÍN.—¡No quiero contestar!

L JUEZ.—No has de conseguir que te niegue la piedad que condición merece... *(A los Agentes.)* Llevadle. Registrad sta la última costura de la ropa interior.

(Los Agentes se apoderan de nuevo del preso.)

'ERMÍN.—*(Revolviéndose.)* ¡Soltadme!

L COMISARIO.—¡Quieto, viborilla! *(Se lo llevan.)*

EL JUEZ.—Es penosa, es triste nuestra misión... ¡Pero es ande también. *(A todos.)* ¿No hay una persona que conozca detenido? Ruego a quien sea que no tarde en decírmelo... o hay nadie?

SEGUNDO APUNTE.—Yo, señor juez.

EL TRAMOYISTA.—Yo también.

EL JUEZ.—Gracias, señores. ¿Quién es ese chico?

SEGUNDO APUNTE.—Le conozco de vista.

EL TRAMOYISTA.—Se llama Fermín Ulloa.

SEGUNDO APUNTE.—Es pintor escenógrafo y trabaja como ofi-al en el taller de don Luis Moragas.

EL JUEZ.—¿Moragas?... Que lo llamen a declarar.

EL TRAMOYISTA.—Imposible.

EL JUEZ.—¿Por qué?

EL TRAMOYISTA.—Porque ha ido a Barcelona, para montar na revista.

EL JUEZ.—¡Qué contrariedad! ¿Dónde tiene el taller el pin-r Moragas?

SEGUNDO APUNTE.—En los altos de este mismo teatro.

EL JUEZ.—¿Se sube por aquí?

SEGUNDO APUNTE.—Hay que dar la vuelta por la calle de Ar-bán.

EL TRAMOYISTA.—Tiene la entrada por el número cinco. tico.

EL JUEZ.—*(Se acerca al Comisario.)* Arlabán, cinco. ¿ oído usted, señor Comisario?

EL COMISARIO.—Es notable la coincidencia.

EL JUEZ.—*(Al Tramoyista.)* Conteste usted, que parece me enterado. ¿Sabe usted algo de la vida y carácter de Fer Ulloa?

EL TAMOYISTA.—Le conozco de subir al taller a por deco ciones. Un día, antes de cargar el papel, echamos un piti Estábamos presentes el maestro Moragas, Fermín, otro co pañero, los aprendices y un servidor. Salió la conversac de Don Juan, y, no recuerdo cómo ni por qué, dije yo q un hombre tan conquistador, debía tener muchos hijos en mundo. Nunca lo hubiera dicho... Se le puso a Fermín u cara de bilis que, a pesar de lo crío que es, me cortó el habl Entonces me llamó aparte el maestro Moragas y me dij "Pero, hombre, ¿a quién se le ocurre mentar la soga en ca del ahorcao? ¿No sabes que el pobre muchacho es hijo Don Juan?"

EL JUEZ.—*(Atónito.)* ¿Hijo de Don Juan?

LA CISNEROS.—¡Interesantísimo!

EL JUEZ.—*(Bajo.)* Señor Comisario, necesito imperiosamen a la muchacha vestida de negro.

EL COMISARIO.—La tendrá usted antes de lo que espera.

(Vuelven los AGENTES *con* FERMÍN ULLOA. *El inculpado vi ne desabotonado, despechugado y con el pelo revuelto. L agentes le obligan a sentarse en el sofá. El preso, no abati pero sí dominado por una sorda desesperación, queda mira do fijamente al suelo. El agente Plaza se aproxima al Ju y al Comisario para entregarles los objetos ocupados al d tenido.)*

AGENTE PRIMERO.—Mi jefe...

EL COMISARIO.—¿Se ha resistido?

AGENTE PRIMERO.—Mucho. Tiene la ropa interior muy zurc da. Parecía darle vergüenza de que la viéramos.

EL COMISARIO.—Es novato.

EL JUEZ.—¿Qué le ocupasteis?

AGENTE PRIMERO.—*(Depositando los objetos sobre una mesa.)* Esto.

EL COMISARIO.—*(Extrañado.)* ¿No hay armas?

AGENTE PRIMERO.—Ni un cortaplumas.

EL COMISARIO.—La tiraría al foso.

EL JUEZ.—¿Mirasteis bien en el foso?

AGENTE PRIMERO.—Allí no quedan más que comedias.

EL COMISARIO.—A ver. *(Examina los objetos.)*

EL JUEZ.—¿Qué es ello?

EL COMISARIO.—Un reloj de acero, marca Longines, parad

las diez y treinta y cinco... Anote usted, Plaza... Un portamonedas, con cinco pesetas sueltas, un "cupro" y treinta céntimos.

El Juez.—¿Nada más?

El Comisario.—*(Por un bolsito que acaba de coger.)* Y esto.

El Juez.—*(Mirando con curiosidad.)* Es un sobre de seda.

El Comisario.—Está desgastado por el roce, como de tener guardado mucho tiempo.

El Juez.—Y cosido por mano de mujer...

El Comisario.—Pero, mire usted, aparece desgarrado por el lado.

El Juez.—Y la desgarradura es reciente. Está hecha con las uñas. Seguramente se ha querido substraer su contenido con presuramiento.

El Comisario.—Lo abriré del todo.

El Juez.—¿Qué contiene?

El Comisario.—*(Sacando dinero.)* Billetes grandes.

El Juez.—¡Hola!

El Comisario.—*(Contando.)* Mil setecientas veinticinco pesetas. Un billete de mil, otro de quinientas, dos de a cien y uno de veinticinco.

El Juez.—Y la ropa interior, zurcida.

El Comisario.—Ya cantará la procedencia.

El Juez.—¿No hay más en el sobre?

El Comisario.—*(Hurgando dentro.)* Pegado a la tela...

El Juez.—Saque lo que sea.

El Comisario.—*(Sacándolo.)* Un negativo de fotografía.

El Juez.—A ver, al trasluz... *(Miran.)*

El Comisario.—Parece una muchacha vestida de blanco.

El Juez.—De negro. Lo blanco es negro en positivo.

(El preso da un gemido.)

El Comisario.—¡Hola! ¡Parece que canta el botonazo!

El Juez.—¿No hay documentos de identidad?

El Comisaio.—Ninguno.

El Juez.—*(Por una pelotita de papel que acaba de coger el Comisario.)* ¿Y eso?

El Comisario.—Un gurruño de papel estrujado.

El Juez.—Deslíelo usted sin romperlo.

El Comisario.—Es un sobre. *(Lee.)* "Señor don Juan de Latorre. Teatro Alkázar." ¡Ah, mire usted!... Membrete del Continental Expres... Lea más abajo... "Recibido a las nueve y treinta." Firma, con lápiz...

El Juez.—¡Don Juan! *(El Comisario vuelve rápidamente la cara, por si ha oído el preso.)* ¿Qué hace?

El Comisario.—Parece absorto; mira al suelo obstinadamente.

EL JUEZ.—*(Dando vueltas al sobre.)* Esta letra, esta letr *(Con inspiración súbita.)* ¡La misma!

EL COMISARIO.—¿Cómo?

EL JUEZ.—¡La misma! *(Saca la carta leída anteriorment* Compare usted... *(Ambos cotejan y leen.)* Sobre: "Señor (Juan de Latorre." Carta: "No me ponga usted en el tra de matarle." Sobre: "Teatro Alkázar." Carta: "O de quitar la vida."

EL COMISARIO.—Igual... ¡Es prodigioso!

EL JUEZ.—¡Es el asesino! *(Arrepentido de haber hablado masiado alto.)* ¿Nos mira?

EL COMISARIO.—No.

EL JUEZ.—Voy a interrogarle. Le sacaremos la verdad, au que la esconda en el tuétano. Usted procure terciar cuan le tenga maduro... Pregunte por sorpresa, con brusqued ¿comprende?

EL COMISARIO.—Soy psicólogo.

EL JUEZ.—Guarde y catalogue eso. *(Acude Plaza y reco los objetos esparcidos sobre la mesa. Sentándose de nue ante Fermín.)* Ya estamos otra vez mano a mano, muchacho *(Observándole.)* ¿Has cambiado de táctica?... *(Pausa.)* ¿l contestas? *(Sigue el silencio.)* ¡Malo! Parpadeas un poco, di tas las ventanillas de la nariz, aprietas la boca en forma cerradura... ¿Quiere decir ese hermetismo que resuelves call heroicamente? Mal sistema de defensa... Ojo, niño, que lo q no diga tu voz lo delatarán tus nervios. Tú no sabes lo q es un calabozo... La hostilidad de sus cuatro paredes leva ta un remusquillo parlanchín en la lengua... ¡Ya cantará alondra! Pero es necesario que me digas ahora, no tu nor bre. que ya lo sé, ni tu oficio, que ya conozco... Lo que qu ro saber es algo más significativo. Esto: ¿Qué hacías esta n che a las diez y treinta y cinco? *(Pausa.)* Es fácil de reco dar. No hace nada de tiempo... ¿Qué hacías? ¿Dónde estab a las diez y treinta y cinco?... *(Nueva pausa.)* Si eres mu no eres sordo, y me vas a oír... ¡A las diez y treinta y cin te han visto a través de los cristales del tragaluz del cuar de Don Juan! Entraste, sin duda, por el número cinco de calle de Arlabán... ¿Qué espiabas?... ¿Qué avizorabas encaram do en el ventanillo? *(Fermín mira al Juez y sonríe irónicame te.)* ¿Sonríes? ¿Tienes la elegancia de sonreír? ¡Vamos, hombr *(El Comisario, que está detrás de Fermín, no le quita ojo* Pero ten en cuenta que a las diez y treinta y cinco cayó e tierra Don Juan, herido de un balazo... Tú lo viste... ¿Sabe tú quién disparó?

EL COMISARIO.—*(Interviniendo, como una centella.)* ¡Est desde la ventana!

El preso, que no espera esta acusación fulmínea, no se in-
ta; antes al contrario, agranda la sonrisa y se echa a reír
ncamente. El Comisario queda desconcertado. No así el
ez, que acompaña en su risa al presunto asesino.)

EL JUEZ.—¡Qué ocurrencia!... ¡Pues no dice el Comisario
tú mataste a Don Juan!... *(Al notar que el Juez ríe bo-*
chonamente, quien se desconcierta ahora es el acusado.
elve a su cara hostil y se mira la punta de la bota. El Juez,
io también, le observa, como un oculista reconoce a un en-
mo. Pausa. Dice de pronto.) Leo en tu cerebro como en
periódico. En estos momentos te recriminas y te llamas
cio a ti mismo, por haberte reído.

FERMÍN.—*(Sin poderse contener.)* ¿En qué lo conoce usted?

EL JUEZ.—En que te tiembla el dedo meñique de la mano
uierda.

FERMÍN.—Es un tic nervioso.

EL JUEZ.—¡Sublevado!... Ahora te muerdes la lengua por ha-
r roto el silencio... ¡Ojo, que por la lengua se va el carác-
r!... No mandas en ella ni en tus nervios. ¡Eres hombre al
ua, chaval!

FERMÍN.—*(Rumiando su preocupación.)* Esas mil setecien-
s veinticinco pesetas, no son mías; es un depósito sagrado...
e explicaré: parte de ese dinero me pertenece.

EL JUEZ.—No pienses en ello, tonto... ¿Para qué?... Aquí lo
encial es otra cosa. *(Presentándole de golpe la carta del*
ntinental.) ¿Conoces esta carta? *(Gesto receloso en Fermín.)*
la última que ha recibido Don Juan..., ¿eh? Mira qué bo-
to. *(Lee.)* "Ella va a verle. ¡Cuidado! No me ponga usted
el trance de matarle o quitarme la vida..." ¿Eh? ¿Sabes
quién la ha escrito?... Venía dentro del sobre que te han
upado y que tú quisiste destruir... ¿Eh?... Tú estás vivo...
h?... El está en tierra, ensangrentado... ¡Muerto!

EL COMISARIO.—*(Por detrás de Fermín.)* ¡Parricida!

FERMÍN.—*(Levantándose como si hubiera recibido una des-*
rga eléctrica.) ¿Quién le ha dicho a usted que era mi padre?
Eso no!... ¡Vamos!... ¿Quién ha podido saber?...

EL JUEZ.—*(Fríamente.)* ¡Era tu padre!

EL COMISARIO.—¿Lo confiesas?

FERMÍN.—*(Crispado.)* Me lo hacen confesar.

EL JUEZ.—Anote usted, señor Secretario, que confiesa que
ra su padre.

FERMÍN.—¡Le odiaba!

EL JUEZ.—Añada usted que le odiaba...

FERMÍN.—¡Le hubiera matado!

EL JUEZ.—Escriba usted que le hubiera matado...

FERMÍN.—¡Pero no le maté!... ¡Eso no! ¡Escriba usted, que

le hubiera matado...; pero que no le maté! ¡Una cosa, es cosa, y otra, otra!... En vida, sí. Eso pensaba y eso sent En muerte, no... Es otro sentimiento. No sé..., no sé... muerte hace vacilar, pensar, temblar... Me parece que s de una noche... Y no soy yo sólo... ¡Es el mundo tambiér ¿Qué le debo yo a mi padre? ¡Era un superhombre! ¿Qué v me arrancó para darme esta vida?... ¡Eso, eso! Escriba us señor Secretario: ¡Yo no le he pedido a mi padre que trajera al mundo!...

El Juez.—Bien, muchacho; eres rebelde, orgulloso. Tie a quien salir. Gran parte de los pecados de Don Juan son cados de orgullo. Lucifer es un ángel caído por orgullo. ¿ miras con asombro?... ¡Ah, vamos! Ahora mismo leo en cerebro: "Este Juez es un botarate... Este Juez es un cha tán." ¿A que no me equivoco?... No te mires el dedo meñiq Tú sabes que lo piensas y nadie es testigo de que lo dic *(Cambiando de tono.)* Lo que yo quiero...

Fermín.—Lo que usted quiere es hacerme caer en la tra pa... Y yo tengo que sucumbir... Todo en apariencia me c dena... Lo sé. Pero tengo que declarar que soy inocente... C no lo crean, bueno. Pero que yo lo diga... ¡Vamos! ¡¡Inocent *(Dejándose caer en el sofá y llorando con el alma.)* ¡Inocen

El Juez.—*(Ligeramente conmovido.)* ¿Lloras?

Fermín.—*(Con lágrimas de soberbia.)* ¡Lloro; pero no r humillo!

El Juez.—*(Cordial.)* Ya que lloras, déjame una brecha pa entrar en tu corazón... Hay en ti algo que me seduce y atra el imán de la bravura. Tienes a quién salir. Pero a pesar las púas de erizo que me clavas, creo que, como el erizo, c todo tu aspecto formidable, eres una criatura débil y men terosa. No veas en mí un enemigo, pobre muchacho... Mi en mí a un semejante, que tiene corazón de hombre... Voy preguntarte... Olvídate del mundo y de ti mismo. Contéstan como si soñaras.

Fermín.—Sí.

El Juez.—¿Eres hijo de una mujer burlada por Don Jua

Fermín.—Sí.

El Juez.—¿Vive tu madre?

Fermín.—No.

El Juez.—¿Te criaste en el lodo?

Fermín.—Sí.

El Juez.—¿Te ha educado alguien?

Fermín.—No.

El Juez.—¿Fuiste tú, tu maestro?

Fermín.—Sí.

El Juez.—¿Tuviste calor humano?

Fermín.—No.

L JUEZ.—¿Piensas mal de los hombres?

ERMÍN.—Sí.

L JUEZ.—¿Tienes hermanos?

ERMÍN.—*(Con un escalofrío en los huesos.)* ¡Que si tengo manos, me dice! *(Se levanta.)* Entre golfillos y niñas enalladas siento un calor fraternal que me liga a ellos con barro de la calle... ¡Que si tengo hermanos, me dice!... ted, por su ministerio, sabe de cárceles y hospitales!... e si tengo hermanos, me dice!... ¡El mundo está lleno de s de Don Juan!

L COMISARIO.—*(Que trae a Carmen Guerrero, desencajada rémula.)* ¡Señor Juez: la muchacha!

Fermín y Carmen se miran, dan un grito simultáneo y, sin nadie pueda evitarlo, se abrazan con amor y desespera-ı.)

L JUEZ.—¡Separadlos!

Los Agentes los separan a viva fuerza.)

ARMEN.—¡Es inocente!... ¡Soy yo la culpable!... ¡Yo fuí, or Juez!

ERMÍN.—¡Miente!... ¡Miente por salvarme!... ¡Lo diré o!... ¡Lo diré todo!...

Carmen quiere hablar, no puede y cae después de un ataque vioso.)

L JUEZ.—¡Un médico!

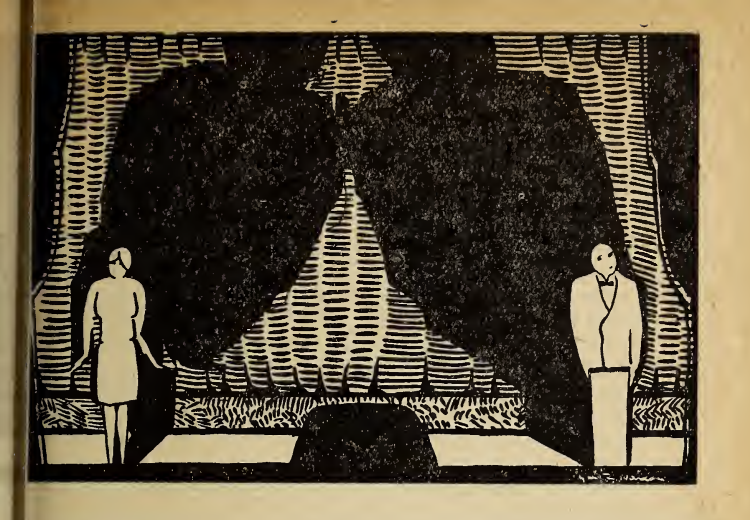
L COMISARIO.—¡Pronto!

Unos Agentes sujetan a Fermín; otros, socorren a Carmen.)

L JUEZ.—¡Silencio! *(Al público.)* Una fuerte crisis nersa ha dado al traste con la presencia de ánimo de esta mucha... No puede seguir la indagatoria. Un momento no s, señores, hasta que pueda recobrarse esta señorita.

TELON





ACTO TERCERO

Una cortina oculta al público la decoración del acto anterior. Por la derecha sale la señorita Rosa Cisneros.

La Cisneros.—*(Al público.)* Señoras y señores: El dignísimo Juez que instruye este sumario se ve obligado a diferir cinco minutos el interrogatorio de la señorita Carmen Guerrero. Este forzado paréntesis motiva que yo, con permiso del Juez, os dirija la palabra a modo de intermedio, fuera de programa.

(Sale El Capitán Centellas *por la izquierda.)*

El Capitán Centellas.—*(Al público.)* Señoras y señores: Como el médico del teatro aconseja cinco minutos más de reposo para que la señorita Carmen Guerrero preste declaración sin peligro de su salud, el dignísimo Juez de instrucción me concede esos cinco minutos para dirigiros la palabra.

(El Electricista *sale con una caja de bombillas.)*

El Electricista.—*(Al público.)* Yo, con permiso del respetable público, voy a cambiar un plomo que se ha fundido en la batería. *(Se inclina sobre la batería y comienza su faena.)*

La Cisneros.—Yo aprovecho el permiso para hacer un comentario acerca de Don Juan.

El Capitán Centellas.—Yo, para su apología y para contradecir a esta señorita.

LA CISNEROS.—El sabio forense, doctor Lorente, estudia en estos momentos el cadáver de Don Juan. Sería interesante saber si, además de a Don Juan, se ha matado también al símbolo. Esto es: al "donjuanismo". El día que el hombre mate al diminuto Don Juan que lleva en su escenario interior la mujer será más dichosa y el hombre más perfecto. Porque... ¿Qué es Don Juan?

EL CAPITÁN CENTELLAS. — ¡Interesante pregunta! ¿Qué es Don Juan?

LA CISNEROS.—Don Juan vino al mundo en una celda. Nació del imperativo de la carne y del terror al infierno. Es el monstruoso hijo intelectual de un fraile de la Merced.

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Don Juan es la voluntad humana que se afirma contra el Destino, contra Dios mismo. Y que no retrocede ante el infierno.

LA CISNEROS.—Don Juan no tiene corazón ni entrañas.

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Don Juan es el grito de la especie.

LA CISNEROS.—Con el llanto de las mujeres burladas por Don Juan, podría formarse un océano de lágrimas.

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Don Juan es el superhombre de Federico Nietzsche.

LA CISNEROS.—El mito de Don Juan es una inmensa mentira del arte.

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Don Juan es la embriaguez del instinto; el prisma que acusa las rayas de las pasiones, perversas si se quiere, pero pasiones. Es el espectro del corazón.

LA CISNEROS.—Y a esa rosa maldita de pasiones, la literatura universal, gran Celestina, puso un nombre de belleza. Y no hay nada tan explosivo como un nombre de belleza para pasiones malditas.

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Don Juan es uno y múltiple. Hay tantos Don Juanes como hombres, cuando la primavera exalta la vida. Don Juan es carne y fuego.

LA CISNEROS.—En cambio, Don Quijote, que sólo es ideal, no hay más que uno.

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Y por encima de todo, Don Juan es español. Es el romancero, el genio de la raza.

LA CISNEROS.—El genio de la raza es Don Quijote. Don Quijote redime a España de ser la patria de Don Juan. Paladín de doncellas, amparador de viudas, miraba a la mujer con tan casto respeto, que veía princesas soberanas en infelices mozas de partido... ¡Ese sí que es español!

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Y las mujeres del Quijote—fregonas, duquesas y doncellas—pagaron tan bien al hidalgo manchego, que le molieron a golpes, le quemaron las barbas y le encerraron con gatos furiosos. Por algo Don Quijote es un loco

Don Juan una suprema razón de cordura. Altisidora merece al burlador.

LA CISNEROS.—Don Quijote es divino.

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Y Don Juan, humano. Por eso interesa a las mujeres.

SEGUNDO APUNTE.—*(Sacando la cabeza.)* Van pasados los cinco minutos...

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Hombre, electricista. Sentencie usted nuestro pleito.

LA CISNEROS.—Sentencie usted el pleito, electricista.

EL ELECTRICISTA.—¿Yo?

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Usted es el proletariado, el porvenir.

LA CISNEROS.—El pueblo, la masa.

EL CAPITÁN CENTELLAS.—Del tipo de Don Juan, ¿qué opina usted?

LA CISNEROS.—¿Qué opina usted del tipo de Don Juan?

EL ELECTRICISTA.—El tipo de Don Juan no existe en el obrero organizado. Es una creación de la burguesía que no cotizamos en la Casa del Pueblo. *(Toma sus bombillas y vase. Descórrese la cortina y aparece la decoración del acto segundo.* CARMEN GUERRERO, *con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en unos almohadones, se encuentra reclinada en el sofá. La asisten, dándole a oler frasquitos de sales, etc.,* LA GARCÍA, LA GALINDO *y otra señorita. Carmen suspira hondo de cuando en cuando, dando a entender que recobra el uso de sus facultades mentales.* FERMÍN, *rodeado de* AGENTES, *aparece sentado en el lado opuesto de la escena. Mira a hurtadillas a la muchacha con inquietud y angustia.* EL COMISARIO *también la observa.* EL JUEZ *se acerca al grupo.)*

EL JUEZ.—¿Está mejor?

LA GALINDO.—Más tranquila.

EL COMISARIO.—Yo creo que se la puede interrogar.

LA GARCÍA.—Más vale aguardar un momento.

FERMÍN.—*(Desde su sitio.)* Señor Juez...

EL JUEZ.—¿Qué quieres?

FERMÍN.—Hablar.

EL JUEZ.—Ten paciencia.

FERMÍN.—Me consumo por hablar, señor Juez...

EL JUEZ.—Mil gracias, señora y señoritas, por la solicitud y el esmero con que han socorrido a esta muchacha. Hay muchos modos de auxiliar a la Justicia, y éste, por lo humanitario, me ha conmovido.

LA GARCÍA.—Me daba lástima.

LA GALINDO.—¡Infeliz!

LA GARCÍA.—No parece mala.

EL COMISARIO.—*(Separándose del grupo y acudiendo al encuentro del* AGENTE PLAZA.*)* ¿Ha parecido Blas Rebolledo?

Agente primero.—No, señor.

El Comisario.—¿Lo habéis buscado a conciencia?

Agente primero.—Como perdigueros.

El Comisario.—¿Y no parece?

Agente primero.—Ni rastro.

El Comisario.—Entonces ha salido a la calle.

Agente primero.—Imposible.

El Comisario.—Pues ha de parecer. Su desaparición mist riosa, en el momento del crimen, dice a las claras que and mezclado en este negocio. ¡A buscarle!

Agente primero.—Volveremos a la carga. *(Medio mutis.)*

El Comisario.—Aguarde usted un poco, Plaza. *(Vuelve Agente.)* ¿Y el hombre solitario del saloncillo?

Agente primero.—Vigilado estrechísimamente. En cuanto us ted me avise, lo detenemos.

El Comisario.—¿Qué hace?

Agente primero.—Beber cerveza—¡lleva ya siete dobles!— fumar pitillo sobre pitillo. Tiene el suelo perdido.

El Juez.—¿Le ha hablado usted?

Agente primero.—Por tirarle de la lengua, sí, señor. Co la mosca en la oreja, atravieso el pasillo; lo veo descompuesto me acerco a él, y le digo: "Hola, amigo. ¿Qué tiene usted?" Y él me contesta: "Mucho miedo." Y yo le digo: "¿No est usted tranquilo?" Y él me dice: "No, señor. Hasta la una d la madrugada no se me pasa el susto." Esto me escama, m jefe. Y cuando ya iba pasillo adelante, va y me sisea; m vuelvo y me espeta a boca de jarro: "¿Cómo va eso?... ¿Mete los pies?..." Esta preguntita serrana me descompone. Porqu a mí eso de "¿meten los pies?", me ha sonado a "¿caben los pies?..." Y he pensado, sin quererlo, en una caja facturada. Ese hombre es un criminal.

El Comisario.—Pues lo primero es echarle el guante al otro.

Agente primero.—Ni qué decir... *(Vase el Agente Plaza. A poco, vase también el Comisario.)*

El Juez.—*(Que toma el pulso a Carmen Guerrero y observa que abre los ojos.)* Señorita Carmen Guerrero, ¿puede usted declarar?

Carmen.—No deseo otra cosa.

El Juez.—¿Se siente usted fuerte?

Carmen.—Sí, señor.

El Juez.—Vamos a ver. ¿Conoce usted a ese muchacho?

Carmen.—Fermín Ulloa.

El Juez.—¿Qué es de usted?

Carmen.—Mi novio.

El Juez.—¿Es tu novia esta señorita, Fermín?

Fermín.—Es lo único que tengo en el mundo.

Carmen.—Nos íbamos a casar...

Fermín.—Esas mil setecientas veinticinco pesetas, es el aho-
o de cinco años de trabajo, suyo y mío...

Carmen.—Yo le daba a guardar mi dinerito...

Fermín.—En un sobre de seda...

Carmen.—Para casarnos...

Fermín.—Para nuestro ajuar...

Carmen.—No teníamos más ilusión que nuestro nido...

Fermín.—Y nuestro porvenir...

Carmen.—Cuando todo se ha venido a tierra...

Fermín.—¡Para siempre! *(Quedan abismados.)*

El Juez.—¿Y qué circunstancias motivaron el cambio?

Fermín.—La fatalidad...

Carmen.—Los celos...

Fermín.—Sí; tiene razón... ¡Los celos! No eran celos de ro... Eran celos de un padre... ¡Y nadie sabe, más que el que padece, lo que es tener celos de un padre, aunque fuera mo el mío!

Carmen.—¿Y quién sabía que era tu padre? ¿Por qué no tu-iste confianza para decírmelo? Media palabra tuya me hu-era bastado para comprender... Pero en vez de razones, tu-iste violencias... Me prohibiste, furioso, que hablara con Don uan... Y eso yo no podía sufrirlo. Era humillarme... Y por o dar mi brazo a torcer, por defender contra tus celos la onfianza que en mí debías depositar, hice lo que hice...

Fermín.—Con razón. Lo veo ahora...

Carmen.—¡Con mi sangre borraría mi torpeza! ¿Por qué no ie dijiste que tu padre era Don Juan?

Fermín.—¡Porque yo mismo querría no saberlo! Pero lo veía él siguiendo tus pasos por la calle... Yo quise apartarte del eligro. Tú, en vez de obedecer, te revolviste... No lo espe-aba... ¡Los celos me comían el alma!... ¿Por qué fuí celoso,)ios mío?

Carmen.—¿Por qué no le hice caso, Virgen Santa?

Fermín.—Y este es nuestro martirio, señor Juez... Esta es uestra miseria... ¡Hacernos daño en el corazón con nuestro nismo cariño!

Carmen.—No nos entendimos. Si me hubiera hablado con el lenguaje de ahora... Pero las palabras que hablan de celos ienen filo como los puñales.

El Juez.—Vamos despacio. Creo que se expresan ustedes con sinceridad. Usted, Fermín—ya no quiero tutearle—; si puede mirar cara a cara a un hombre de justicia, conteste a mis preguntas con aquella franqueza que no engaña en labios de un hombre de bien. Deseo saber qué clase de padre fué Don Juan para usted y por qué razón le odiaba. Por penoso que le sea, conteste usted sin ocultarme nada.

Fermín.—Yo no supe que era mi padre hasta que no tuve

quince años. Mi madre estaba tuberculosa a fuerza de trab y no comer por alimentarme a mí... Una tarde, entre luces, estábamos ella y yo en nuestro cuartito, junto ventana..., ¡bajo el alero del tejado! Su cara estaba a con luz... Era una silueta en negro. Me tomó las manos, y co rubor de una santa que ha pecado, me dijo: "Hipo míc hora ya de que sepas quién es tu padre. Tú padre es un h bre lleno de gloria; tu padre es Don Juan." Yo me qu muerto. Precisamente en aquel año llegaba a su cumbr gloria de Don Juan. ¿Yo, hijo de aquel semidiós? ¿Yo, de aquel ídolo humano, adoración de las mujeres y env de los hombres?... ¡Absurdo! Mi madre seguía diciéndo "Cuando yo falte, que será pronto, busca a tu padre... En gale esta carta... ¡No la leas tú! Es para él... Algo pu hacer por ti. ¡Quién sabe!..." No añadió más. Guardé la car Besé su llanto. Y no dije nada... Murió ella... Pasó el tiemp Y un día..., doliéndome el corrazón dentro del pecho..., fu buscar a mi padre en el cuarto del teatro... Pude llegar ha él... Estaba ante el espejo... maquillándose... Volvió la cara me miró..., y me dijo: "¿Qué quieres?" Yo le entregué carta..., la leyó..., no vi en su rostro señal de emoción... volvió a mí..., me dió un cachetillo en la cara, y me d "¿Con qúe tú eres Fermín?... ¡Vaya con Fermín!... ¡Es hecho un hombre..." Y me volvió la espalda... Entraron u abonados... Se pusieron a hablar de cosas indiferentes... To caballos, mujeres... Se fueron aquellos hombres... Nos que mos solos... Me dijo: "¿Pero estás ahí todavía?" Tomó el p tamonedas; sacó un duro.... Me lo puso en la mano... llamaron a escena... Y se fué... Yo me quedé atontado... Me cuenta de pronto... Dejé el duro encima de la mesa... Y sa En aquel momento se estaba representando, no el "Tenori sino "El burlador de Sevilla", de Tirso de Molina. El con dado de piedra, no el de esta obra, sino el otro, el que perdona, arrastraba a mi padre al infierno con la zarpa granito en el hombro, mientras el coro decía aquellos ver de maldición...:

"Adviértan los que de Dios
juzgan los castigos grandes,
que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague."

Yo sentí que se me rompían los huesos de dolor... Y, cie frenético, salí atropellándolo todo, del teatro a la calle, a v si podía respirar...

EL JUEZ.—Tranquilicesé un poco y descanse. Hable ust ahora, Carmen, y diga usted, con el corazón en la mano, cóm

nocció a Don Juan y qué fundamento pudieron tener los los de Fermín.

CARMEN.—Vera usted. Yo conocí a Don Juan por el Representante de la Empresa de este teatro. Yo soy mecanógrafa. resto mis servicios en esta casa, copiando ejemplares y papeles. El Representante me dijo que Don Juan tenía necesidad e una copista y me dió una carta de recomendación para él. uí a su domicilio y me recibió muy fino y galante. Me dijo ue estaba escribiendo sus Memorias y me dió un rimero de uartillas para que se las sacara a máquina. Nada más aquel ía. Puedo jurar que, como mujer, quizá por mi insignificancia, o le llamé la atención. Me llevé las cuartillas y me puse a rabajar, atenta a la letra y sin enterarme del contenido. na cosa sí, la verdad, me chocó: el principio. Hablaba de su dad, y decía: "Yo nací en el siglo XVII, en un Corral de Comedias..." No dije nada a Fermín, porque, como juntábamos uestro dinero, quería darle una sorpresa con un ingreso extraordinario. Pero un día..., parece que el diablo lo hizo, iba yo on Fermín, cuando en plena calle de Sevilla nos encontramos con Don Juan. Nos paró. Fermín se quedó mortal. El, in advertirlo al parecer, le dijo: "¿Por qué no me buscas, muchacho?" Y sin aguardar la respuesta, me tomó la mano y, on una graciosa reverencia, me besó la punta de los dedos. Fermín, entonces, avanzó un paso y, con temblor en la barbilla, e dijo: "Esta mujer es sagrada, porque es mi prometida." Don Juan le miró de alto abajo y, saludándome otra vez, siguió su camino. De aquí parte mi calvario con Fermín...

EL JUEZ.—Pero vamos a ver, Carmen. ¿Usted notó, por parte de Don Juan, una mayor inclinación hacia usted desde aquel momento?

FERMÍN.—¡Sí!

EL JUEZ.—No es a usted a quién pregunto.

CARMEN.—¡La verdad, aunque sea en contra mía! Noté en Don Juan un cínico prurito de hacerme la corte, que yo supe atajar de allí en adelante.

FERMÍN.—¿Ve usted?

CARMEN.—¿Pero qué? Yo quería castigarte por tu necia desconfianza. Yo estaba segura de mí misma. ¡Y eso, eso es lo que un hombre de verdad debe exigir a una mujer honrada: que esté siempre segura de sí misma!

FERMÍN.—¡Pero tú no sabes qué clase de hombre era Don Juan!

CARMEN.—¡Pero tú no no sabes qué clase de mujer soy yo!

FERMÍN.—¿Pero tú no sabes que ayer mismo fuí a verle?

CARMEN.—¿Tú?

FERMÍN.—Fuí a verle... Fuí a rogarle, como hijo suyo que soy, que evitara toda relación contigo. ¿Tú no sabes que se

negó? Tuve que decirle: "¡Ya que me ha quitado usted madre; ya que me ha quitado usted el nombre; ya que me quitado la educación y el alimento que me debía, no me qu usted la compañera con que Dios me ha indemnizado!" I volvió la espalda. Y hoy mismo, como no podía entender contigo, ciego y rabioso le puse la carta que el Juez ha leído "Ella va a verle. ¡Cuidado! No me ponga usted en el tran de matarle o de quitarme la vida..."

El Juez.—¿Y usted le ha matado?

Fermín.—¡Le maté!

Carmen.—*(Tapándole la boca.)* ¡Eso no! ¡Yo fuí quien mató! ¡Repito que yo fuí!

El Juez.—¡Calma! Refrenen ustedes los nervios y habl cuando yo les pregunte. Es imposible que los dos le haya matado. Es uno. ¿Quién? Lo sabremos. *(A Carmen.)* Por pronto, me va usted a contestar...

Fermín.—Yo primero.

El Juez.—Usted, cuando le toque. Díganos usted, Carme cómo ha matado a Don Juan. Esperamos su declaración.

Carmen.—Vine esta noche a traer a Don Juan unos capítul de sus Memorias. Quiso antes que se los entregara en su d micilio. No acepté. Llegué al escenario justamente a la hor que me había citado: las diez y media de la noche. Me esp raba en la puerta de su cuarto. Entré. Y apenas hube entrad cerró rapidísimamente la puerta y echó la llave por dentr Esta encerrona, si lo era, y el verle ante mí vestido de "T norio" con una risita entre cínica y galante, provocó en m una indignación tan fuerte, que, sin saber cómo—sería incapa de repetirlo—, tomé una daga desnuda que tenía sobre la mesa La apreté con fuerza, y le dije, furiosa: "¡O abre usted in mediatamente o...!" Algo vería en mi cara, cuando, inclinán dose con un gesto taimado que parecía decir: "Se alarma us ted por bien poca cosa", alargó la mano y abrió la puerta. Y me lancé fuera como el que huye de la jaula de un tigre Y ya en el escenario, noté una sensación extraña: me parecía que dentro del cuarto de Don Juan me habían estado mirando los ojos de Fermín. ¿Cómo era posible? Precisé mis impresio nes y vine a recordar que, efectivamente, había visto la cara de mi novio a través de los cristales del tragaluz del cuarto El recuerdo era como el de una cara vista con la rapidez de un relámpago. Pero... ¿sería alucinación? ¿Y por qué, me dije de pronto, por qué ha de ser alucinación? ¿No trabaja Fermín en el taller de escenografía que tiene la entrada por la calle de Arlabán? Muchas noches tiene que velar... Pasa a diario por delante del ventanuco del cuarto... ¿Por qué no admitir la idea de que esta noche se haya detenido a espiar, a ver si yo estaba dentro? Un hombre celoso y desesperado inventa

siones para celar a la mujer que quiere. Y de este modo, sospecha en sospecha, adquirí la certidumbre de que Fer... me había estado espiando. Tuve la seguridad de que me ...ía visto como yo a él, y que se encontraba todavía en la ...e de Arlabán, número cinco. Yo estaba arrepentida de mi ...rudencia; quería pedirle perdón a toda costa y hacer las ...es con él. Y con esta idea, cada vez más fija, resolví trasla... me, por el camino más corto, a la calle Arlabán. Había sa... ... del escenario y estaba frente al pasillo de los cuartos de ... actores. Unas señoritas se apoyaban en la barandilla de la ...alera que hay allí...

...NA MERITORIA.—Nosotras. *(La Meritoria habla en un gru... con otras compañeras.)*

...ARMEN.—Justamente. Y a ustedes pregunté si por aquella ...alera se salía a la calle de Arlabán...

...AS MERITORIAS.—Sí, sí...

...ARMEN.—Y antes que ustedes contestaran, precisamente en ...el momento, se oyó el disparo en el cuarto de Don Juan...

...L JUEZ.—*(Vivamente.)* ¿Cómo?... ¿Qué?...

...ARMEN.—*(Arrepintiéndose espantada.)* ¡No, no!... ¡Quise ...cir!...

FERMÍN.—*(Con un grito de alegría.)* ¡Señor Secretario: es... ...iba usted, por su madre, que esta señorita oyó el disparo ...era del cuarto de la víctima!

EL JUEZ.—*(Enérgico.)* ¡O se calla usted o mando que lo sa... ...en del escenario! *(Pausa. A Carmen.)* Fíjese usted en la ...ntradicción en que ha incurrido: ¿Cómo es posible que haya ...atado usted a Don Juan dentro del cuarto y que al mismo ...empo hablara en el pasillo con estas señoritas? *(Carmen ...iere hablar. No puede. Baja la cabeza y llora.)*

FERMÍN.—*(Con emoción alegre.)* ¡No llores, Carmen, que ...y tan inocente como tú!

EL JUEZ.—*(A Fermín.)* ¿Qué dice usted?

FERMÍN.—¡Que yo me acusaba porque creía que ella le había ...atado; pero que ahora, que veo que no, me atengo a lo que ...je al principio: que soy inocente!

CARMEN.—¡Fermín! *(Se abrazan. Esta vez con suprema ale...ría.)*

FERMÍN.—¡Dios nos salvará! *(Entra el* COMISARIO *y los* ...GENTES. *Traen detenido a* BLAS REBOLLEDO, *el guardarropa.* ...*iene con ellos el portero* URCISINO. *Blas llora y tiembla* ...*omo azogado.)*

EL JUEZ.—¿Quién es?

EL COMISARIO.—El que mató a Don Juan. Está convicto y ...onfeso.

BLAS.—*(Gimoteando.)* ¡Fué sin querer!

EL COMISARIO.—*(Entregando una pistola antigua.)* ' arma es ésta.

EL JUEZ.—¿Una pistola de chispa? ¿Qué quiere decir est

SEGUNDO APUNTE.—*(Reconociéndola.)* ¡La pistola del Ten

EL JUEZ.—¿Cómo?

SEGUNDO APUNTE.—¡La pistola con que Don Juan mataba das las noches al Comendador!

EL JUEZ.—¡Diantre!

BLAS.—¡Fué sin querer!...

EL JUEZ.—¿Cómo se llama usted?

BLAS.—Blas Rebolledo.

EL JUEZ.—*(Al Comisario.)* ¿El guardarropa perdido?

EL COMISARIO.—Sí, señor.

EL JUEZ.—Pues acabe usted ya, Blas Rebolledo, que nos t usted sobre ascuas.

BLAS.—¿Pero no me pegarán?

EL JUEZ.—¿Qué idea tiene usted de la Justicia?

BLAS.—¡Tengo hijos!...

EL JUEZ.—¡Acabe usted ya!... O mejor dicho, ¡empiece!

BLAS.—Anoche..., cuando se estaba haciendo el acto de quinta del Tenorio..., le falló a Don Juan el tiro y tuvo matar al Comendador de un puñetazo, porque se le había vidao la espada... El público se echó a reír. Don Juan est negro... Y en cuanto cayó el telón se puso a decir a grito pe que el que tenía la culpa de la plancha lo iba a dejar como perro dogo... ¡Con las orejas recortás! ¡Pa qué voy a deci usía! Yo soy el ciudadano que carga la pistola. De mó y n nera que oírlo y escaparme como un conejo tó fué uno. P esta noche..., apenas me echó Don Juan la visual encima, fué pa mí y me dijo: "Blas, antes de que levanten el te éntrame en el cuarto la pistola, que te voy a dar un recadito ¡Pa qué voy a decir a usía! Puse la pistola como el chico esquilaor, y cuando llegó la hora me presenté en el cuarto c la gorra en la mano. Verme Don Juan y cerrar la puerta c llave, tó fué uno. Yo me sentí la nuez en el cielo de boca... ¡Pa qué voy a decir! Demasiao sabía yo que cuan Don Juan se encerraba con un hombre era pa cascarlo. ¡Ten hijos! De mó y manera que le alargué el arma y le dije: "I las buenas, Don Juan, mire usted la pistola, que está car como Dios manda." Don Juan no dijo ni esto. Cogió el arr por el cañón... ¡Pa qué voy a decir a usía!... Y cuando m descuidao estaba, ¡pum!, estalló un cañonazo que ni la guer uropea. Yo me quedé cegao por el humo, y cuando abrí l ojos vi a Don Juan, tendío como un pelele,, echando sang por el cuello y con los ojos en blanco. ¡Pa qué voy a decir usía! Sin darme cuenta de ná me encontré fuera del munc Había salío por el tragaluz como si me hubieran sacao c

acacorchos. Estaba en la casa de la calle de Arlabán. Eché a portería, y Urcisino, el portero, que m'aprecia el hombre, escondió en su cama y me dió un chupito de aguardiente uitarme el susto. Eso es tó. ¡Tengo hijos, señor Juez!...

L JUEZ.—¿De modo que usted confiesa que usted mismo ó la pistola?

LAS.—Sí, señor.

L JUEZ.—¿Con bala?

LAS.—¡No! Con pólvora sola. Por la gloria de mi madre lo , señor Juez. Con pólvora na más...

L JUEZ.—*(Perplejo.)* ¡Entonces...! ¡Absurdo! Don Juan se nuerto de un fogonazo...

L COMISARIO.—Aquí viene el doctor Lorente. *(Es un tipo greñas, gafas y barbas un poco estilo doctor Esquerdo. Viee al parecer, del cuarto del crimen.)*

L JUEZ.—Acérquese usted, doctor, que le esperamos como a palabra revelada. ¿Ha visto usted el cadáver?

L DOCTOR.—De verlo vengo.

L JUEZ.—La herida...

L DOCTOR.—¡Típica! ¡Esquemática! ¡Característica! No hay tro de violencia. Nadie ha matado a Don Juan. es apenas erosión... ¡No tiene nada!

L COMISARIO.—¿Entonces?...

L JUEZ.—¿Qué ha determinado la muerte de Don Juan?

L DOCTOR.—La autopsia nos lo dirá, señores. Sin embargo, oy en vena de adelantar un juicio, seguro de que no lo tificarán los hechos. ¡Una larga experiencia!... *(Al Juez.)* ted, por profano que sea, habrá advertido que el fogonazo ha localizado en las proximidades de la laringe...

EL JUEZ.—Sí, señor.

EL DOCTOR.—¡Esquemático! La impresión del disparo ha lo tan violenta que el choque del taco ha producido una nibición bulbar determinante de la muerte instantánea. El nerario Don Juan...

LA CISNEROS.—No se canse usted, doctor. El mito era menos e un fantasma. El temerario Don Juan se ha muerto del sto.

EL DOCTOR.—¡Esquemático!

BLAS.—¡Me salvé!

CARMEN.—¡Fermín!

EL JUEZ.—*(Encogiéndose de hombros.)* ¡Bueno! He aquí a tragedia que, si no hubiera un muerto, terminaría como sainete. *(A Carmen y Fermín.)* Soy feliz con devolverles la bertad y las mil setecientas veinticinco pesetas.

FERMÍN.—Gracias, señor Juez. *(Guarda el dinero.)*

EL JUEZ.—*(Dándole la mano.)* Y ahora un consejo de hom-

bre maduro: Menos genio, menos celos y más entendede *(A todos.)* Esto terminó, señores.

El Comisario.—*(Indignado.)* ¿Qué había de terminar? ¡ testo!

El Juez.—¿Usted, tan ponderado, tan ecuánime?

El Comisario.—Con el debido respeto...

El Juez.—¿Y por qué?

El Comisario.—Porque hay que aclarar, antes de que baj telón, un punto obscuro.

El Juez.—¿Cuál?

El Comisario.—*(Señalando al negro.)* Este.

El Juez.—Cierto. ¿Quiere decirnos el testigo por qué ra ha escondido en su cama al guardarropa Blas Rebolledo rante dos horas y media? Esto no está claro.

Urcisino.—¡Que no me tiren de la lengua! ¡Que no me ti de la lengua!...

El Juez.—¡Conteste usted!

Urcisino.—¡Mire usted que lo digo!...

El Juez.—¿Cómo se entiende?

Urcisino.—¡Pues sea! Yo traía de la mano a niño Blas bolledo pa entregarlo a su mersé naíta más que a mitad primer acto. Pero me sale al paso el hombre solitario del loncillo y me dise esta rasón: "¿Adónde llevas a ese homb carabalí?" ¿Adónde va a sé, señó? A que diga a niño jué que ha jecho pa que no pague un inosente. Y el hombre va me contesta: "¡Tú no estás bueno del coco, simarrón! ¿ ves que si ese hombre declara en el primer acto se acaba comedia porque no hay argumento pa má?" Y por eso lo condí, pa que no hablara hasta la una y hubiera argumen pa tré...

El Juez.—*(Tapándole la boca.)* ¿Te quieres callar?

El Comisario.—¡Cállate!

El Juez.—¡Nos descubres!

Urcisino.—¡Esto es una merienda de blancos!

El Juez.—*(Al público.)* Ya lo veis: La inocencia tropical c cómico de color de la compañía ha roto los hilos de la farsa nos ha quitado del rostro la careta de la comedia. Ya no som ni el Juez, ni el Comisario, ni el hijo de Don Juan, ni la s ñorita vestida de negro, sino Paco Fuentes, María Banque Társila Criado, Armet, Patricio León, Regález... Los artista en fin, de la compañía que, un poco sorprendidos, se descara terizan ante vosotros. Y ahora sí que se confunden la ficci con la verdad. *(Se quitan pelucas, barbas y bigotes.)* Movi ronnos los hilos de un maese Pedro: el hombre solitario del s loncillo, antiguo galeote de las gurapas de Su Majestad la F rándula y gran consumidor de sus nervios y la Tabacale cuando aguarda vuestro veredicto. El y vosotros sois los únic

rsonajes que no se han descaracterizado. Vosotros por jue-s. Uno de hecho: el público. Otro de derecho: la crítica. Y por autor de su obra, que, al cabo, es su delito.

EL COMISARIO.—¿Lo detengo?

EL JUEZ.—Deténgalo usted, señor Comisario, y tráigalo al oscenio. *(Por el público.)* ¡Digo, si estos señores no se onen!

FIN DE LA OBRA



Cubierta de este número:

GARCIA DEL CASTAÑAR o EL LABRADOR MAS HONRADO

de Francisco de Rojas Zorrilla.

Rivadeneyra (S. A.).—Madrid.